



# EDIPO

## DRAMA, COMPLEJO Y DESTINO

BF 175  
.B397

LECCION INAUGURAL DEL CURSO ACADEMICO 1974-75  
por el Prof. Dr. Don JOSE BASABE BARCALA  
(Sección de Psicología)



INDIANA UNIV  
LIBRARIE  
BLOOMING

Depósito Legal: S. 524-1974

I.S.B.N. 84-7299-033-8

Imprenta "KADMOS" - Universidad Pontificia - Compañía, 1 - Salamanca, 1974

UNIVERSIDAD PONTIFICIA  
SALAMANCA, 1974



3 31 17

*Dedicado al Prof. E. Freijo Balsebre, pionero de la psicología salmantina y mi más significativo maestro, y al Prof. Alfonso Ortega, filólogo y amigo, en agradecimiento por sus lúcidas sugerencias sobre el drama sofocleo.*



## S U M A R I O

I.— FREUD: LA CONCEPCION ORTODOXA .....	11
II.— DE LA HETERODOXIA AL RETORNO DE FREUD .....	29
III.— INTERPRETANDO A FREUD .....	63

**NOTA:** Las referencias bibliográficas de SIGMUND FREUD, corresponden a la edición, en tres tomos, de sus OBRAS COMPLETAS, Biblioteca Nueva, Madrid, 1973.



## I

### FREUD: LA CONCEPCION ORTODOXA

I-1.—Como es sabido, el *complejo de Edipo* deviene piedra angular en la teoría psicoanalítica de SIGMUND FREUD (1856-1939). Dicho complejo se desarrolla, según el creador del psicoanálisis, entre los tres y los cinco años de edad, en el curso de la llamada *fase fálica* de la evolución psico-sexual.

FREUD alcanza la concepción del Edipo a través de la experiencia clínica, y desde su auto-análisis; auto-análisis que le reveló, subyaciendo en el fondo inconsciente de su personalidad, la peculiar dinámica conflictual de tal complejo. Complejo que, por otra parte, constituye, para FREUD, un hecho de profunda raigambre filogenética, incontrovertible y obligando en el curso del desarrollo humano, y que, en consecuencia, impone ineludiblemente al hombre la tarea, específicamente humana, de dominarlo. En este sentido, y desde el punto de vista ortodoxo-freudiano, de la liquidación de la crisis edípica depende la definitiva estructuración de la personalidad, la integración y la madurez del individuo y, por ende, su misma salud mental.

La cuestión del Edipo es, en realidad, descubierta por FREUD en el verano de 1897, y así se lo manifiesta a W. FLIESS en octubre de este mismo año. Pero es en «*La interpretación de los sueños*», obra escrita en 1898-9 y aparecida por vez primera en 1900, donde FREUD empieza a desarrollar su idea con cierto énfasis y amplitud. A partir de entonces, sin que en ningún trabajo le confiriera, no obstante, un tratamiento específico ni sistemático, el tema del complejo edipiano aparece reflejado y expuesto prácticamente a todo lo largo de la obra freudiana. Así,



entre otros escritos, puede encontrarse esencialmente, a través de contextos temáticos diversos, en: «*Tres ensayos para una teoría sexual*» (1905), «*Totem y Tabú*» (1912-13), «*Lecciones introductorias al Psicoanálisis*» (1915-17), «*Psicología de las masas y análisis del Yo*» (1920-21), «*El Yo y el Ello*» (1923), «*La disolución del complejo de Edipo*» (1924), «*El porvenir de una ilusión*» (1927), «*El malestar en la cultura*» (1929), «*Sobre la sexualidad femenina*» (1931) y «*Compendio del Psicoanálisis*» (1938).

En su forma más simple, FREUD describe al *complejo de Edipo* como una *vinculación libidinal del niño con la madre, entretejida con una relación, una actitud y una conducta ambivalente hacia el padre*. Esta relación, actitud y conducta ambivalente hacia el padre es una amalgama dinámica de rivalidad, hostilidad y agresividad, por un lado, y de admiración, imitación e idealización, por el otro. En este sentido, tal ambivalencia constituye, sin duda, una verdadera crisis, o conflicto interno, desde una vivencia contradictoria, dramática y paradójica para la inmadura mente infantil.

Según FREUD, el niño lleva precozmente a cabo una *carga de objeto*, que se proyecta sobre la madre y qué tiene su punto de partida originario en el seno materno. Con el padre mantiene, en cambio, una *relación de identificación*. Ambos tipos de vinculación con las figuras parentales discurren paralelamente, hasta que, en la *etapa fálica* del desarrollo, por el incremento de las catexias libidinales dirigidas hacia la madre, y por la vivenciación íntima del padre como rival, surge propiamente la situación edipiana. Así pues, la polarización libidinal objetual hacia la madre y la actitud ambivalente con respecto al padre, que es a la vez oponente e ideal, configuran, para FREUD, el contenido del *complejo de Edipo simple y positivo*. Complejo que hizo evocar a FREUD el recuerdo del «*Edipo Rey*» de SÓFOCLES, —de donde extrajo el término designativo para el conflicto—, y que sin duda también le iluminó, más tarde, el significado profundo del «*Hamlet*» shakespeariano.

Frente a esta forma simple y positiva del complejo, FREUD constata la existencia de una *forma negativa* o, si se prefiere, *invertida*, en la que la dinámica de la situación se presenta a la inversa, esto es, como una vinculación libidinal hacia el progenitor del mismo sexo, combinada con una actitud hostil y celosa hacia el progenitor del sexo opues-

to. En realidad, la investigación freudiana viene a establecer, a la postre, una serie continua, cuyos extremos polares se hallan constituidos, respectivamente, por las configuraciones positiva y negativa del Edipo, y cuyos miembros intermedios revelan la forma llamada *completa* del complejo, con un entrelazamiento, de diferentes grados e intensidades, de los dos componentes polares antitéticos. En este sentido, FREUD considera que el complejo de Edipo *simple* no es, ni mucho menos, el más frecuente, ya que una investigación profunda suele revelar, casi siempre, la *forma completa*, que es un *complejo doble, normal e invertido*, en estrecha dependencia, —piensa FREUD—, con la originaria bisexualidad humana. En este *complejo doble* aparecen, en consecuencia, cuatro tendencias integrantes, esto es, *dos relaciones de identificación y dos elecciones de objeto* —materno y paterno—, configuradas en una *ambivalencia frente a las dos figuras parentales*. Es preciso señalar, no obstante, que, según FREUD, en un gran número de casos uno de los dos componentes del complejo completo puede atenuarse y empalidecer, hasta dejar únicamente rastros apenas reconocibles, si no es a través de una investigación penetrante y minuciosa. Queda así establecida la complejidad de la situación y del conflicto, y, como veremos, la radical función estructurante que su desenlace, en una u otra dirección, asume en el contexto dinámico-evolutivo de la personalidad.

El desenlace del complejo de Edipo se inicia bajo la influencia del *temor de castración*, que supone, según FREUD, una conmoción importante y definitiva para el niño, en nuestras condiciones culturales. La *angustia de castración*, en el varón, se origina en la *etapa fálica*, a partir, según el psicoanálisis, de un incremento de los impulsos libidinales, —que se organizan en torno al miembro viril—, de una marcada valoración narcisista del falo, y de una significativa protoactividad masturbatoria, conectada con frecuencia a fantasías eróticas. Toda esta florida fenomenología se combina con la vinculación libidinal objetual a la madre, y choca inevitablemente con las normas parentales, que inciden muchas veces sobre el niño desde un nivel de amenaza real. Hay que añadir además el papel que juega la percepción comparativa, por parte del niño, de la constitución corporal femenina, en la hipervaloración de la zona fálica, no solamente como fuente de experiencias placenteras sino también como fuente específica del peligro orgánico de la privación del falo. De este modo, nace el *complejo de castración*, que, como hemos dicho, terminará con la disolución del Edipo.



FREUD sostiene que el efecto extraordinariamente terrorífico del *miedo a la castración* no puede explicarse únicamente desde el impacto, más o menos intenso, de las amenazas reales que el niño pueda sufrir en la *etapa fálico-edipiana*. En este sentido, piensa que no es imposible la intervención de un rastro mnemónico filogenético de la familia prehistórica, en la que el padre, según FREUD, privaba efectivamente al hijo de los genitales cuando surgía una rivalidad frente a la mujer. Una vez más, recurre FREUD aquí a su concepto de la *herencia arcaica*, que comprende para él, como se sabe, no solamente disposiciones psíquicas, sino también contenidos ideativos y huellas mnésicas de las vivencias de generaciones anteriores. No es evidentemente el momento de discutir la probabilidad o improbabilidad de tal hipótesis, pero sí de señalar que, sin necesidad de recurrir a la teoría de la supuesta memoria racial de la humanidad, el temor fálico puede explicarse perfectamente a partir de las experiencias actuales del niño en esta época de su desarrollo. No es preciso que existan amenazas explícitas de castración real, cosa que aún hoy ocurre también con cierta frecuencia, según revelan la experiencia clínica y la encuesta socio-familiar; basta, simplemente, con que existan normas prohibitivas, amenazas y castigos en general, ya que seguramente el niño los interpreta, en este momento evolutivo, de acuerdo con sus vivencias, con sus conflictos presentes y con sus más esperpénticos temores. Así, tales amenazas adquieren un *valor simbólico*, y la conducta del niño no es tan reactiva al contenido real y manifiesto de las mismas, como a la valencia simbólico-significativa, profunda y subjetiva, que el infante, desde su contexto evolutivo, puede captar y vivenciar. Por otra parte, es preciso señalar que, en último término, la angustia de castración es muchas veces, en realidad, una mera cristalización concreta, sobre una zona corporal activa en el desarrollo, del temor más profundo de perder el afecto, la aprobación y el apoyo de las figuras parentales, al violar, realmente, en la fantasía o en el deseo, las normas protectoras del ambiente, en torno a la masturbación y a la vinculación efectiva incestuosa y, sin duda también, en torno al orden familiar mismo en general.

FREUD hizo radicar en el *complejo de castración*, y en la atribución al padre del cumplimiento de la amenaza fálica, la liquidación de la crisis edípica. El niño renuncia a sus deseos incestuosos, se *identifica* con el padre, cede ante sus imperativos ético-normativos, e *internaliza* a la figura paterna, con sus normas y exigencias. De este modo, queda

superado el complejo de Edipo, sobreviene la *identificación masculina*, y el niño entra de lleno en un largo período de *latencia sexual*, hasta la pubertad.

Llegados a éste punto, es preciso señalar que la identificación del niño con el padre no es el resultado exclusivo del temor de castración. Conviene recordar, en éste sentido, que, según afirma FREUD, existe una *identificación primaria con el padre*, la primera y más importantes identificación del individuo, «*directa e inmediata y anterior a toda carga de objeto*» (o. c., pp. 2711-12). Diríamos entonces que el desenlace normal del complejo de Edipo, a partir de la angustia de castración, viene a intensificar esta identificación primaria con el padre, permitiendo, a la vez, la conservación del objeto materno, a través de una *sublimación* de la relación erótica que se mantenía con el mismo. Cabe constatar, además, que se produce también una cierta identificación con la madre, ya que, según dijimos, el complejo de Edipo completo es, en realidad, doble, con una variable combinación y entrelazamiento de los complejos normal e invertido. En éste sentido, como afirma FREUD, «*podemos admitir como resultado general de la fase sexual dominada por el complejo de Edipo, la presencia en el Yo de un residuo, consistente en el establecimiento de estas dos identificaciones enlazadas entre sí*» (o. c., t. 111, p. 2713). De la distinta intensidad y hondura de tales identificaciones resultará, por otra parte, afirmada la masculinidad o la femineidad del carácter del niño.

El naufragio del complejo de Edipo produce, entonces, en el Yo una modificación y un impacto estructurante, que constituye el nódulo del *Super-Yo* o *Ideal-del-Yo*. Efectivamente, la formación de esta instancia de la personalidad, la más joven en la evolución ontogenética, se inicia precisamente, según el psicoanálisis, a partir de la liquidación de la situación edipiana. Y el *Super-Yo* o *Ideal-del-Yo*, como heredero del complejo de Edipo y como resultado de la diferenciación del Yo desde la *introyección* predominante de la figura del padre, comprende funcionalmente, para S. FREUD, no solamente los *aspectos ético-normativos* de la personalidad, esto es, la *conciencia moral*, sino también los *aspectos modélicos e ideales*, en relación con los procesos parentales de identificación, y, en último término, los aspectos psico-dinámicos de la *identidad sexual* del individuo. Queda así enfatizada la importancia que FREUD atribuye al conflicto de Edipo, y a su resolución satisfactoria, en la teleología madurativa del carácter humano.



Sin duda, según la exégesis freudiana, la instancia superyoica encierra una doble dimensión, en tanto poso de las primitivas opciones objetales, —sustituidas por identificaciones y en parte desexualizadas y sublimadas—, y en tanto *formación reactiva* frente a las mismas. En éste sentido, podríamos decir que entre el *Super-Yo* y el *Ello* queda establecida una fluida e íntima ósmosis. Tal ósmosis, o intercomunicación, entre ambas instancias justifica, según FREUD, muchas resistencias, casi irreductibles, a la cura analítica, en conexión con sentimientos inconscientes de culpabilidad, que remiten, en general, a impulsos reprimidos del *Ello*, de los cuales el *Yo* no conoce más que la operante vivencia incomprendible de culpa. En último término, hay que reconocer, desde el contexto freudiano, que el *Super-Yo*, heredero del complejo de Edipo, nacido de una identificación predominante con el modelo paterno, está, en realidad, mucho más cercano del *Ello* que el *Yo*, extrayendo la energía necesaria para imponerse a éste desde fuentes situadas en el *Ello* mismo. Esta circunstancia aparece reflejada claramente, por ejemplo, en la *neurosis obsesiva* y en la *melancolía*, —entre otras situaciones psicopatológicas—, evidenciándose perfectamente, en estos casos, cómo el *Super-Yo* vehicula y descarga sobre el *Yo*, con inusitada energía, cargas importantes de agresividad, unas veces en forma de punitivos reproches de conciencia moral, como en la neurosis obsesiva, y otras veces en forma de inexorables impulsos destructivos, —que pueden llegar hasta el suicidio—, como en la melancolía. En estas enfermedades, el *Super-Yo* viene a ser, frente al *Yo*, como una especie de agente del *instinto de muerte*; su severidad e incluso el carácter verdaderamente sádico que ostenta en ocasiones, no es otra cosa que el resultado de la apropiación, por parte del *Super-Yo*, de un importante quantum energético tanático del *Ello* y de su reversión ulterior sobre el *Yo*. Hay que reconocer que el *Super-Yo* conserva, en cierto sentido, el carácter del padre, y, como escribe el mismo FREUD, «cuanto mayores fueron la intensidad del complejo de Edipo y la rapidez de su represión (bajo las influencias de la autocracia, la religión; la enseñanza y las lecturas), más severamente reinará después sobre el *Yo* como conciencia moral, o quizá como sentimiento inconsciente de culpabilidad». (o. c., t. 111, p. 2714). En definitiva, el carácter coercitivo superyoico, que se expresa como imperativo categórico, nace realmente de la energía agresiva del inconsciente instintivo, de la antigua agresividad reprimida del niño en el triángulo edipiano.

Sin embargo, sería erróneo el suponer que, para FREUD, el *Super-Yo* es únicamente una instancia auto-crítica, fuente de amenazas y de castigos, que gira exclusivamente en torno de severas exigencias morales y de rígidos principios parentales y sociales, que han sido incorporados a la personalidad por *introyección*, a raíz de la resolución del Edipo. Realmente el *Super-Yo*, como sucesor de los padres internalizados, viene a ser también fuente de apoyo y de protección para el niño, regulador interno de su auto-estima y, como afirma G. S. BLUM, proveedor del amor parental que reasegura. En este sentido, FREUD escribe: «Vivir equivale para el *Yo* a ser amado por el *Super-Yo*, que aparece aquí también como representante del *Ello*. El *Super-Yo* ejerce la misma función protectora y salvadora que antes el padre y luego la Providencia o el Destino». (o. c., t. 111, p. 2727).

Según hemos dicho anteriormente, el *Super-Yo*, que se inicia con el naufragio del complejo de Edipo, conlleva funcionalmente una dimensión modélica e ideal (*Ideal-del-Yo*). Queda claro que, para FREUD, el *Super-Yo* es el resultado de una integral de identificaciones del niño con sus progenitores, que viene a acoger, más tarde, y sucesivamente, las influencias de otras figuras significativas, como nodrizas, educadores, maestros, personajes ejemplares y modelos ideales sociales diversos, cada vez más alejados, en cierto sentido, de los primitivos individuos parentales. Se establece, de esta manera, un precipitado de aspiraciones, de valores, de ideales y de patrones de vida y de conducta, en torno a los cuales girará conformativamente la dinámica evolutiva de la personalidad. No obstante, hay que señalar que en todas estas identificaciones e introyecciones existen siempre importantes *mecanismos de idealización*. Es decir, que en realidad, según el psicoanálisis, el niño no se identifica con las figuras parentales tal y como son, sino con las figuras parentales idealizadas, investigadas de perfección y aún de poderes mágicos.

Por otra parte, los padres y las demás personas significativas de la infancia siguen en el proceso educativo las demandas del propio *Super-Yo*. De este modo, el niño acaba identificándose, en realidad, con el *Super-Yo parental*. Y así, como escribe el mismo FREUD, «el *Super-Yo* del niño no es construido, en realidad, conforme al modelo de los padres mismos, sino al del *Super-Yo parental*; recibe el mismo contenido, pasando a ser el substrato de la tradición de todas las valoraciones permanentes que por tal camino se han transmitido a través de las generaciones» (o. c., t. 111, p. 3138). El *Super-Yo* o *Ideal-del-Yo* se conecta

entonces profundamente con la *herencia arcaica* del individuo, cerrando así en cada niño, desde la tradición familiar, el círculo transmisor de la Cultura y de los ideales axiológicos permanentes en la historia de la humanidad. En definitiva, desde la misma crisis edípica, el individuo es acuñado, modelado y troquelado por la estructura familiar y, en último extremo, por el pasado y el presente de las estructuras socio-culturales.

En otro sentido, hay que señalar también que la etapa edipiana es un momento evolutivo crítico en el proceso de diferenciación psico-sexual del individuo. Sabido es que, para el psicoanálisis, la *fase fálica* marca el inicio de la identificación sexual y de la aceptación del cuerpo sexuado, en el contexto dramático del conflicto y de la angustia edípicos. Con la liquidación del Edipo, y la subsiguiente identificación prevalente del niño con el padre, se asume la *identidad sexual*, que, tras la crisis de la pubertad, se consolidará definitivamente en una integración de la elección objetal en la organización del Yo. Es preciso admitir, no obstante, que, aparte de este momento evolutivo crítico, la diferenciación y la identificación psico-sexuales del infante remiten además al impacto diferenciador de la educación y de las actitudes parentales y ambientales, selectivas ya, en cierta forma, para cada sexo, a lo largo de todas las fases de la ciclomorfosis infantil. Pero lo importante es señalar, sin embargo, que la constitución del sexo psicológico cristaliza en un *proceso de relación interpersonal sexuada*, en el contexto de la situación de Edipo y, sin duda también, en momentos previos. Es entonces la misma naturaleza sexual de las figuras parentales la que viene a impregnar a la postre, en una herencia también paragenética, a la naturaleza sexual del niño en evolución. Se cierra, de esta forma, con una llave edipiana, un círculo dialéctico de comunicación interhumana, profunda y radicalmente sexuada.

I-2. Según hemos dicho, la conflictual situación de tensiones afectivas, poderosas y contradictorias, que vive el niño dramáticamente en la crisis edípica, se resuelve favorablemente cuando sobreviene la *identificación predominante con el padre*, la *introyección de sus imperativos ético-normativos y de sus aspectos modélicos e ideales*, y la *formación subsiguiente de la instancia superyoica*. Pero ésta resolución satisfactoria no siempre tiene lugar. Se da ciertamente un interjuego dinámico entre factores constitucionales y factores procedentes del ambiente, —sobre todo, del entorno familiar—, que pueden entorpecer, inhibir o distorsio-

nar la evolución natural del conflicto. Estos factores de perturbación provocan, según el psicoanálisis, *fijaciones libidinales* más o menos intensas, que proporcionan y hacen cristalizar ulteriores pautas inmaduras de conducta. E indudablemente, si las situaciones y las exigencias vitales, por las que va atravesando el sujeto a lo largo de su periplo biográfico, exigen una integración y una madurez mayores que las que el Yo posee, se desarrolla entonces una *neurosis*.

Según la exégesis de Freud, en el fondo de todo proceso *psiconeurótico* se encuentra siempre, por consiguiente, *un problema edipiano no resuelto o imperfectamente resuelto*. Como es sabido, clásicamente existen, para el psicoanálisis, unas *neurosis típicamente edipianas*, es decir, dependientes directamente de *fijaciones libidinales fálico-edípicas*; y son éstas, la *histeria simple de conversión* y la *histeria de angustia* o *neurosis fóbica*. Pero, aparte de esto, y aunque las fijaciones sean pre-fálicas o pre-edípicas, —como en el caso de la *neurosis obsesiva*—, siempre se encuentra, según Freud, un conflicto de Edipo insuperado. Y ello evidentemente porque tales fijaciones pre-fálicas o pre-edípicas han de determinar, por fuerza, una estructura y una dinámica ya anómalas del complejo de Edipo, con la consiguiente dificultad, más o menos insuperable, para su liquidación. Así, en el caso concreto de la *neurosis obsesiva*, —que remite, según FREUD, a una *fijación-regresión sádico-anal*—, se encuentra siempre un abundante y rico material psicopatológico fálico-edipiano, que permite comprender que la *regresión anal retentiva* se produce justamente a partir del fracaso de la personalidad ante los problemas propios del Edipo. Y este fracaso es determinado, sin duda, por el anacronismo de la personalidad del obsesivo, que permanece varada en un nivel *sádico-anal* del desarrollo. De este modo, queda patente que el complejo de Edipo es, para FREUD, el meollo de la neurosis y el punto arquimédico para su explicación y comprensión patogenéticas.

Sin pretender entrar a fondo, —porque no es el momento—, en la teoría clínica y psico-dinámica psicoanalítica, digamos también, —para resaltar, una vez más, la importancia del Edipo en la teoría freudiana—, que dicho complejo, insatisfactoriamente resuelto, tiene mucho que ver en las perturbaciones de la identidad sexual. Así, en algunos tipos de *homosexualidad* puede evidenciarse la estructura del *Edipo invertido*, en la cual las conexiones afectivo-libidinales más fuertes se han organizado en torno al padre, creándose una rivalidad y una competencia frente a



la madre. En otros casos de homosexualidad, se encuentra, por el contrario, una *fijación a la madre*, profunda e indisoluble, en el sentido de una excesiva catectización libidinal sobre la figura materna. Finalmente en otras variedades clínicas de dicha perversión sexual, lo que se reconoce es un insuperable miedo al padre y, por ende, un aplastante *temor de castración*, que desemboca, a la postre, en un mecanismo de evasión, a través de una *liga afectiva de naturaleza masoquista, pasiva y femenina*, con la figura paterna.

Con respecto a la *psicosis*, sabido es que para FREUD, implican, en general, dos características esenciales, esto es, una *negación de la realidad* y una *proyección directa de los contenidos y actividades del inconsciente*. Tales características vienen a corresponder obviamente a un *repliegue narcisista* del individuo (*neurosis narcísica*), y a una *contra-catexia* de los objetos exteriores. En un sentido evolutivo, los puntos dominantes de fijación libidinal en las psicosis, —que condicionan su peculiar fenomenología psicodinámica—, están constituidos por la *primera etapa oral*, para la *esquizofrenia*; por la *etapa sádico-oral*, para la *psicosis maniaco-depresiva*; y por la *etapa anal expulsiva*, para la *paranoia*. De este modo, el nivel de estancamiento libidinal, que posibilita la *regresión psicótica* y el *repliegue narcísico* es, en realidad, *pre-edípico*, esto es, previo a la peculiar dinámica objetal del complejo de Edipo. No obstante, en el *delirio de Schreber* FREUD encuentra, como es sabido, un conflicto infantil con el padre, un *complejo paterno*. Y, en otro sentido, la misma *psicosis disociativa*, o *esquizofrenia*, nos ofrece, en ocasiones, trastornos de la serie neurótica, con manifestaciones típicas de *angustia fálica* y con una dramática y desbordante reviviscencia de toda la tupida maraña de los conflictos edípicos. Es decir, que el Edipo se articula, en uno u otro nivel de significación, también en las psicosis, si bien FREUD no ofrece, ciertamente, la dinámica concreta de tal articulación.

Pasando ahora a otro plano, conviene señalar que la importancia que el complejo de Edipo alcanza en el psicoanálisis freudiano desborda ampliamente el terreno de la psicología individual, normal y patológica, y aún, en general, el terreno mismo de la ciencia psicológica. Como se sabe, las instituciones sociales surgen, para Freud, de procesos psicóticos capaces de superar el remordimiento y la culpa edípicos, por el incesto y por el crimen primitivo de la humanidad, que FREUD sitúa en los orígenes mismos de la historia. La evolución de la humanidad, des-

de la horda hasta la organización social, pasa por tanto, según FREUD, por fases similares a las que que la psicología genética psicoanalítica descubre en el niño. Así, por ejemplo, al igual que el *Super-Yo* nace de la resolución del conflicto edípico, la idea de Dios nace, según FREUD, de la *extroyección* del padre, *sublimado*, en el cielo. De esta manera, el ciclo de la cultura viene a cerrarse también, igual que el ciclo evolutivo del individuo, en el centro mismo del complejo de Edipo.

I-3. Hasta el momento, nos hemos referido, a lo largo de toda la exposición, al desarrollo y vicisitudes del Edipo en el varón. Conviene, en consecuencia, que hagamos ahora algunas precisiones, desde la misma ortodoxia freudiana, sobre el *Edipo femenino*, que no es, en modo alguno, directamente superponible.

Ante todo, es necesario subrayar que la expresión *complejo de Electra*, acuñada por C. G. JUNG en 1913 para referirse a la actitud edípica femenina, es formalmente rechazada por FREUD en 1931, en su ensayo «*Sobre la sexualidad femenina*». Según Freud, tal expresión, que tiende a destacar la analogía de la situación en los dos sexos, es equívoca porque los caminos evolutivos del varón y de la niña son sustancialmente distintos. En este sentido, la primera diferencia fundamental radica, para FREUD, en la distinta conformación anatómico-sexual, que, a través de una percepción comparativa y de la subsiguiente herida narcisística, suscita inmediatamente en la niña la denominada *envidia fálica*. En efecto, la *fase fálica* en el sexo femenino se caracteriza, según el psicoanálisis, por la organización de la libido en torno al clítoris, como zona erógena predominante. Lo esencial de la genitalidad femenina gira entonces, en la infancia, alrededor de dicho clítoris, en tanto que la activación erógena de la vagina, como órgano femenino representativo, no se produce, por lo general y según FREUD, hasta la época puberal. Así, se origina un conflicto psicológico cimentado sobre la *envidia del pene*. Y tal conflicto puede suscitar, como formación reactiva, la aparición del denominado *complejo de masculinidad*, que, de no ser superado precozmente, obstaculizará notablemente el camino hacia la femineidad.

La segunda diferencia concierne a la elección misma de objeto. Como es sabido, para FREUD, el primer objeto erótico del niño es el pecho materno, en una profunda conexión entre libido y satisfacción de las necesidades nutricias. Este primer objeto parcial se va progresivamente completando, hasta llegar a configurar la imagen total de la madre o de

la persona maternizante. Por otra parte, esta precoz carga de objeto sobre la madre va sufriendo un progresivo incremento de catexias libidinales, hasta que, en la *etapa fálica* del desarrollo, que adentra al niño en la situación edípica, la inversión de libido alcanza su máximo. También en la niña, según FREUD, la madre es el primer objeto amoroso, en relación con unas condiciones de elección objetal idénticas a las del varón y propias, por otra parte, de la situación de la crianza en sí misma. Así pues, el *Edipo femenino* ha de suponer, por fuerza, un desplazamiento de la relación objetal con la madre hacia el padre; como diría FREUD, es preciso que el hombre-padre se convierta en el nuevo objeto amoroso, lo cual añade evidentemente una dinámica nueva a la crisis edípica de la niña y, sin duda, un elemento más de complejidad.

Llegados a este punto, es necesario preguntarse sobre las circunstancias que provocan este desprendimiento objetal de la madre. En este sentido, actúan, por ejemplo, experiencias vivenciales que se configuran en torno a decepciones, como el *destete*; frustraciones, nacidas de las *prohibiciones educativas* y especialmente del *aprendizaje para el control de los esfínteres*; celos, suscitados por la distribución del amor de la madre entre los otros hermanos e incluso sobre el mismo padre; *resentimiento*, originado en las trabas puestas por la madre a las actividades y maniobras protomasturbatorias; y, en fin, toda una serie de diversos factores situacionales que convergen, con un componente fantástico, en una misma *vivencia de falta de gratificación*, avivada por el desmedido *afán de exclusividad* que tiene todo niño, y potenciada, en ocasiones, por la operancia real de perturbaciones ambientales. No obstante, según reconoce FREUD, el motivo más específico y significativo para el desprendimiento de la madre surge, necesariamente, del impacto que el *complejo de castración* ejerce sobre la niña.

Como hemos dicho, en algún momento la niña descubre su ausencia de falo. Esta ausencia de falo suscita la *envidia del pene*, y desencadena la mencionada *vivencia de castración*. A partir de este punto, tres caminos evolutivos se abren ante la pequeña: a) una *renuncia sexual*; b) una agresiva y competitiva puesta en marcha del *complejo de masculinidad*, que puede desembocar, a la postre, en una elección homosexual de objeto; y finalmente c) una actitud femenina normal, que, tras incriminar a la madre del hecho de la castración o bien reprocharle el no haberle dado un órgano genital completo, polariza libidinalmente a la niña hacia el padre, alcanzando, de éste modo, la *forma femenina del*

*Edipo*. Así, como escribe FREUD, «*mientras el complejo de Edipo del varón se aniquila en el complejo de castración, el de la niña es posible e iniciado por el complejo de castración*» (o. c., t. 111, p. 2901).

La sustitución, en calidad de objeto libidinal, de la madre por el padre, señala, por consiguiente, la entrada de la niña en la situación de Edipo. En este momento, la vinculación objetal con la madre es reemplazada por una identificación con la misma, que viene a intensificar las identificaciones previas, que, por otra parte, siempre existieron. Como escribe FREUD, la hijita se coloca entonces «*en lugar de la madre, como por otra parte siempre lo hizo en sus juegos; quiere suplantarla ante al padre, y odia ahora a la madre que antes amara, aprovechando una doble motivación: la odia tanto por celos como por el rencor que le guarda debido a su falta de pene*» (o. c., t. 111, p. 3410). En cuanto al padre, poseedor del falo, la elección objetal es determinada por el deseo de obtener tal órgano, pero más tarde este primitivo deseo es suplantado por el afán de que el padre le regale un hijo. A partir de entonces, FREUD piensa que el complejo de Edipo es abandonado lentamente, porque este deseo no llega jamás a cumplirse. Y los dos deseos, esto es, el *deseo fálico* y el *deseo de recibir del padre, como regalo, un niño*, perduran, según FREUD, en lo inconsciente y contribuyen a preparar a la mujer para su ulterior papel sexual.

Dadas las peculiaridades de la evolución sexual femenina, se hace evidente, desde la perspectiva psicoanalítica, que en la niña falta, en realidad, una motivación fuerte para el aniquilamiento del complejo de Edipo. En el varón, el naufragio del Edipo se produce, como sabemos, a partir del impacto de la *amenaza de castración*. En la niña, por el contrario, la *vivencia de castración* ejerció ya su efecto con anterioridad, precipitándola, como motor fundamental, en la situación edípica. De este modo, la superación incompleta del Edipo ha de ser, según FREUD, mucho más frecuente en la mujer que en el hombre. Al no existir la intimidación sexual, bajo el sentimiento de la *amenaza de castración*, lo más que puede hacer la niña es incriminar a la madre de su «inferioridad» fálica y sustituirla, en calidad de objeto libidinal, por el padre. Este hecho reaviva, sin duda, la ambivalencia frente a la figura materna, y, defensivamente, pone en marcha, como ya dijimos, un desplazamiento de la vinculación objetal hacia una identificación, que, como afirmamos en otro lugar, incrementa las identificaciones previas. Por otra parte, los aspectos modélicos e ideales de la madre siempre imitados y siempre



deseados, unidos a la mencionada vivencia de resentimiento y de temor por la incriminación de la «inferioridad» fálica, y, en cierto sentido también, unidos además al temor culpable de perder el afecto materno, intensifica la fuerza de tales identificaciones. A ellas habría que añadir cierto grado de identificación con el padre, que, en la situación completa de Edipo, nunca faltaría. De este modo, la niña irá abandonando lentamente, según FREUD, la crisis edípica e irá surgiendo, como heredero de ella, y como precipitado de todas las *identificaciones-introyecciones* parentales, —esencialmente de las maternas—, el *Super-Ego*. Esta instancia ha de comprender, como en el varón, los aspectos éticos e ideales de la personalidad, y la dimensión psico-sexual femenina. No obstante, dada la singular fenomenología evolutiva del sexo femenino, FREUD acaba reconociendo que el *Super-Ego* nunca llega en la mujer a ser «*tan inextinguible, tan impersonal, tan independiente de sus orígenes afectivos como exigimos que lo sea en el hombre*» (o. c., t. 111, p. 2902). Es decir, que, según FREUD, el *Super-Yo* femenino acabaría siendo más laxo que el masculino, lo cual explicaría, según él, el distinto nivel ético del hombre y de la mujer. Pero FREUD reconoce también, en «*La disolución del complejo de Edipo*», en 1924, que, no obstante, el conocimiento de los procesos evolutivos de la niña resulta, desde el punto de vista psicoanalítico, hartamente insatisfactorio y, desde luego, incompleto.

I-4. Según se desprende de la exposición anterior, SIGMUND FREUD admite, tanto en el niño como en la niña, la existencia de una *fase pre-edípica, de vinculación afectivo-libidinal a la madre*. Encontramos así, que, desde el punto de vista de la ortodoxia psicoanalítica, el complejo de Edipo tiene una importancia nuclear, pero que se reconoce además la existencia operante de una pre-historia del complejo, caracterizada, en esencia, por la *adhesión a la madre*, como *primer objeto erótico*. Este hecho, de significativa importancia, fue señalado también, entonces, por J. LAMPL-de-GROOT y H. DEUTSCH, discípulas ambas de FREUD. Años más tarde, ERICH FROMM retomará esta constatación freudiana y, desprecveyéndola de sus implicaciones sexuales, llegará a conferírle una dimensión propiamente antropológica.

Para FREUD, la pre-historia del complejo de Edipo en el varón se encuentra fuertemente teñida, como hemos dicho, de una catectización *del libido pregenital sobre la figura de la madre*. Al principio, tal catectización libidinal se proyecta, desde una situación narcísica y en análisis

con la satisfacción de necesidades nutricias, sobre el pecho materno. Como escribe FREUD, el pecho, en los primeros tiempos, «*no es discernido del propio cuerpo, y cuando debe ser separado de éste, desplazado hacia «afuera» por sustraerse tan frecuentemente al anhelo del niño, se lleva consigo, en calidad de «objeto», una parte de la catexia libidinal originalmente narcisista*» (o. c., t. 111, p. 3406). Más tarde a través de la discriminación y configuración de impresiones diversas, placenteras y displacenteras, el niño va conociendo y catectizando otras partes del cuerpo materno. Y a medida que el sistema perceptivo madura, y el niño aprende a distinguir límites entre sí mismo y la madre, el «objeto» materno va apareciéndose como la persona total, que no solamente satisface las necesidades nutricias, sino que proporciona además otras muchas sensaciones corporales, como placer cutáneo, calor, protección, contactos diversos y manipulaciones, presiones físicas, cambios de posición y de humedad, etc., Igualmente, el niño comienza ya a comprender las expresiones fisiognómicas de la madre, sus gestos, movimientos y actitudes, y todo el cúmulo de «información» que ella, progresivamente, le transmite. El *vínculo libidinal* se va llenando, pues, de elementos propiamente cognoscitivos, que se entrelazan profundamente con los intercambios afectivos, realizados tanto a nivel consciente como inconsciente.

En la *segunda etapa oral, sádico-oral o canibalística*, la conexión libidinal con el *objeto materno*, esencialmente narcisista, se hace *ambivalente*. Quiere esto decir que el niño, en esta fase, en relación con frustraciones de su avidez afectiva hacia la madre, —jugando, en éste sentido, el *destete* un papel fundamental—, desarrolla una actitud hostil, que se funde íntimamente con la vinculación amorosa. Así, en los momentos de frustración, los impulsos *oral-destructivos*, como forma extrema de ambivalencia, se dirigen de modo específico hacia su «*primero y más poderoso objeto sexual*» (FREUD).

Estos impulsos *sádicos*, surgidos inicialmente en la *fase oral*, se generalizan y se intensifican mucho más en el *período sádico-anal* del desarrollo; etapa ésta en la que el amor a la madre, o figura maternizante, se mueve más aún en un nivel de ambivalencia, en relación, sobre todo, con los impedimentos, prohibiciones y cortapisas propios de la educación para el control esfinteriano y, sin duda también, en relación con una actitud celotípica, suscitada por el hecho inevitable de que la madre debe compartir su amor con el padre y con los otros hermanos.

Finalmente, con la entrada en la *fase fálica*, la relación del niño con la madre sufre, según FREUD, un notable incremento de catexias libidinales, que, como dijimos, arroja al infante en la situación edipiana, marcada ya, definitivamente, por el *tinte fálico del impulso erótico*.

En resumen, la pre-historia del Edipo en el varón revela, según las observaciones de FREUD, la existencia de un profundo *vínculo libidinal con la madre*. Y que tal vínculo evoluciona desde el auto-erotismo y narcisismo de los estadios orales, primitivo y tardío, hasta la etapa de revestimiento objetal fálico, limitado por el enérgico y operante «complejo de castración». En toda esta evolución, la madre, o figura maternizante, constituye el objeto amoroso prevalente del niño, si bien en la «fase oral» tal objeto amoroso es considerado en función de las auto-experiencias corporales libidinales satisfactorias, y si bien en el «período fálico-adípico» la relación objetal se encuentra aún desprovista de todo aspecto altruista, estando matizada, en cambio, por la posesividad, el afán de exclusivismo y la tendencia general a la «explotación» afectiva, en favor de la auto-satisfacción. En el intervalo, la «fase sádico-anal», entre el segundo y el tercer año, revela un amor parcial ambivalente, en el que la satisfacción libidinal gira en torno a la «expulsión-retención», como instrumento erótico y de oposición, pero en el que también la interacción con la madre y con los «otros», y el modo positivo o negativo de tal interacción, se halla más profundamente implicado que en la «etapa oral», aunque todavía teñido por un predominante interés narcísico.

Paralelamente a la carga de objeto sobre la madre, la fase pre-edípica masculina revela, según FREUD, una *identificación del niño con el padre*; identificación que, según él, se halla, en aquella época, libre de todo matiz de rivalidad con respecto a la madre. *Así la identificación con el padre es primaria, directa e inmediata*, y, desde luego, anterior a la elección fálica de objeto amoroso. Del mismo modo, tal identificación no constituye, en modo alguno, la consecuencia o el desenlace de ninguna carga de objeto. En este sentido, el propio FREUD afirma explícitamente que, muy precozmente, el niño «*manifiesta un especial interés por su padre; quisiera ser como él y reemplazarlo en todo*» (o. c., t. 111, p. 2585). En una palabra, que, desde el principio, el padre representa para el niño una *figura de imitación*, a la que desearía parecerse, adoptando su características peculiares, como prototipo de sabiduría, de fuerza y de autoridad. Podemos, pues, decir que el niño «*hace de su pa-*

*dre su ideal*» (o. c., t. 111, p. 2585). Paulatinamente, irá descubriendo también, a través de la coerción adaptativa de sus impulsos y de sus deseos, que el padre es, además, la poderosa barrera con la que inexorablemente tropiezan sus instintos y el fiel representante del *principio de autoridad*, que da origen a todas las prohibiciones. De este modo, la identificación encierra, al igual que la relación de objeto, una evidente dimensión de ambivalencia.

Con respecto a los destinos ulteriores de la conexión afectivo-libidinal del niño con la madre y de la primitiva relación de identificación con el padre, ya sabemos que están determinados por los avatares mismos de la situación edipiana y de su desenlace final, que con anterioridad hemos descrito.

En relación con el *periodo pre-edípico femenino*, FREUD lo caracteriza igualmente por una *vinculación materna*, que, en una ordenada sucesión cronológico-evolutiva, va manifestándose a través de impulsos orales, sádicos y, finalmente también, fálicos. Es decir, que en la misma fase fálica la niña sigue catectizando libidinalmente a la figura materna, o maternizante, y no solamente mediante impulsos pasivos, sino también mediante enérgicos impulsos activos, que culminan, según FREUD, en la masturbación clitoridiana, probablemente acompañada, muchas veces, de fantasías maternas.

FREUD señala también que esta fase pre-edípica, de vinculación materna, es más importante y queda más hondamente grabada en la mujer que en el hombre, contribuyendo a estructurar respectivamente, en una u otra forma, las ulteriores relaciones objetales. Este hecho, de singular interés, es constatado igualmente por G. S. BLUM y colaboradores, en un estudio con los Blacky Pictures, destinado a correlacionar algunos parámetros psico-sexuales. Según este autor, resultó, en las mujeres, una significativa prevalencia de las respuestas proyectivas pre-edípicas sobre las propiamente edípicas. Es decir, que parece ser más frecuente en el sexo femenino la persistencia de residuos del *vínculo pre-edípico con la madre*; de manera que, como señala BLUM, las mujeres ostentan una ambivalencia materna más acusada y manifiesta que la ambivalencia paterna propia del varón.

Según advertimos antes, el Edipo femenino supone un desplazamiento de esta primera *vinculación objetal con la madre*, hacia el padre. Ya hemos señalado las circunstancias, las motivaciones y los mecanis-



mos que subyacen en el fondo del cambio de objeto amoroso, por lo cual ahora no insistiremos más sobre ello. La poderosa *ambivalencia* de la niña pequeña hacia su madre, potenciada por los demás factores mencionados, es justamente el motor de tal desprendimiento objetal. Pero, llegados a este punto, surge un interrogante sobre las condiciones que permiten, en el varón, que la intensa vinculación con la madre no sufra la misma quiebra que en la niña, dado el carácter homólogo de algunas de las circunstancias psicodinámicas en ambos sexos. Según FREUD, la indemnidad del vínculo materno se explica, en el niño, «*porque puede resolver su ambivalencia contra la madre transfiriendo toda su hostilidad al padre*» (o. c., t. 111, p. 3084), que no deja de ser, en definitiva, el rival en la situación edípica. Podríamos, sin duda, añadir además a este fenómeno, y desde el mismo punto de vista ortodoxo, la inexistencia en el varón de la «envidia fálica» y de sus más específicas consecuencias. No obstante, como confiesa el propio FREUD, el fondo de estos procesos no ha sido aún plenamente alcanzado por el psicoanálisis.

Conviene, finalmente, señalar que, simultáneamente a la precoz y ambivalente *carga de objeto pre-edípica sobre la madre*, la observación psicoanalítica constata también el desarrollo progresivo, en la niña, de una *identificación con la misma figura materna*, cuyos aspectos modélicos e ideales se aparecen a la pequeña como paradigmas de personalidad, siempre deseados y, por ende, siempre imitados.

## II

### DE LA HETERODOXIA AL RETORNO A FREUD

La concepción freudiana del complejo de Edipo, de su pre-historia, de sus vicisitudes y de su desenlace, ha sufrido, a lo largo de la agónica evolución del psicoanálisis, multitud de críticas, de divergencias y de intentos de transformación. Frente a uno de los más importantes descubrimientos de S. FREUD, se han producido las actitudes más dispares, que han oscilado siempre entre la ferviente, dogmática, acrítica y casi «religiosa» acogida, y la indignación moral, el rechazo y la ironía, pasando, desde luego, por la indiferencia, la apatía y el desinterés científico. Conviene, en este sentido, revisar, al menos de pasada, algunas de las más significativas de estas diversas actitudes, atalayar los puntos de vista más dignos de consideración y tratar de establecer, finalmente, una especie de balance crítico de la forma más imparcial posible.

II-1.—A. ADLER (1870-1937), el primer discípulo de FREUD que disidió de la ortodoxia analítica, en 1911, considera que el *complejo de Edipo* no es más que uno de los múltiples posibles reflejos de la vida de un niño mimado y, por consiguiente, la manifestación más pura y genuina de sus deseos exacerbados. En este sentido, dicho complejo no sería el fundamento natural de la evolución psíquica, como en FREUD, sino, en definitiva, un producto del carácter. A este respecto, para ADLER, el Edipo se convierte, muy lejos de un hecho incontrovertible y obligado del desarrollo humano, en una consecuencia, distorsionante y viciosa, del mimo materno. El factor sexual, precozmente activado, no revela, en esta situación, otra cosa, según ADLER, que el irrefrenable egocentrismo del niño, que no sabe adaptarse, a conse-

cuencia del mimo, a ningún tipo de coerción, freno o cortapisa. A ello habría que añadir, evidentemente, el impacto de la sobre-estimulación erótica por parte de la madre. Si, por el contrario, el exceso de mimo procede de la figura paterna, entonces el niño se apegará más profundamente al padre, apartándose así de la madre. En cualquier caso, según ADLER, el *afán de poder* se entrelaza íntimamente con el vínculo erótico, que el niño utiliza, en definitiva, para imponerse y dominar sobre el entorno parental. En estas circunstancias, el *sentimiento de comunidad* sufre una quiebra importante, o una radical amputación, que inevitablemente hunde al niño en el camino de la neurosis.

A partir de esta psico-dinamia, ADLER rechaza, igualmente, la hipótesis de que, por naturaleza, la niña ha de apearse más al padre y el varón, en cambio, a la madre. En circunstancias normales lo habitual es, según ADLER, que el interés del infante se reparta, casi por igual, entre ambas figuras parentales. Las polarizaciones excesivas, o exclusivas, hacia uno u otro progenitor serían debidas, en consecuencia, a factores meramente externos, como la personalidad de los padres, el mimo excesivo por parte de uno de ellos, los procesos morbosos y las minusvalías orgánicas, —que exigen un mayor nivel de cuidados maternos—, y, en último término, la sobre-estimulación erótica procedente, de manera predominante, de cualquiera de los progenitores.

Por otra parte, ADLER considera que la *envidia fálica*, acontecimiento trascendental en la evolución psico-sexual de la niña para la ortodoxia freudiana, no es, en realidad, un fenómeno sexual, sino el reflejo psicológico de la secular infra-valoración del papel femenino en el orden social. Así, ADLER habla de la *protesta viril*, como compensación contestataria de la mujer, que vive su femineidad como una sumisión al hombre y, por ende, como una inferioridad, dentro del contexto socio-familiar dominante, que la relega, explícita y tácitamente, a un segundo plano.

Muy en la línea de ADLER, K. HORNEY (1885-1952), que, como se sabe, integra con E. FROMM y H. S. SULLIVAN el «grupo cultural», *revisionista, neo-psicoanalítico*, piensa que la *envidia fálica* revela, en último término, la existencia, en la mujer, de un profundo miedo a la condición femenina, que, al margen de los avatares psico-sexuales, se enraza en una aspiración, socio-genéticamente determinada, al rol masculino, y en un rechazo de las cualidades específicamente femeninas, que la cultura y el orden social infra-valoran. Así, la *envidia fálica* no es,

para HORNEY, el resultado de una determinación psico-biológica, sino, por el contrario, un producto cultural. En el mismo sentido, el *complejo de Edipo* se debe, según HORNEY, a una psicoplastia socio-familiarmente inducida. De este modo, dicho complejo no tiene fundamento biológico alguno, sino que se arraiga en una sobre-estimulación erótica parental y, a la vez, en la angustia que brota del conflicto entre la necesidad de seguridad, de dependencia y de afecto, que tiene el niño, y los impulsos hostiles que dirige hacia los padres, desde una atmósfera familiar inestable y ansiógena. El niño, en estas circunstancias, acaba adhiriéndose al progenitor que le crea un clima más afectivo y seguro e, igualmente, al que le ofrece mayor fuerza y apoyo. Así, el apego a los padres no responde, para HORNEY, a causas o a determinaciones propiamente biológicas, sino que, por el contrario, aparece como una respuesta a incitaciones del exterior. Y, en este sentido, el vínculo edípico, de naturaleza neurótica, no surge si no se dan, entonces, tales incitaciones del exterior, por estímulo erótico o por angustia, o por ambas condiciones a la vez.

II-2.—Para C. G. JUNG (1875-1961), el segundo discípulo que rompió con FREUD, en 1913, la cuestión del Edipo se reduce, en realidad, a un complejo de posesión. Piensa JUNG que, inicialmente, tanto el niño como la niña, se encuentran profundamente vinculados a la madre, como fuente nutricia y protectora. Esta precoz vinculación materna coloca inevitablemente al padre en una situación de rival competidor, al margen de cualquier elemento de naturaleza sexual. De este modo, el *complejo de Edipo* no es, en primer término, según JUNG, más que una expresión del deseo infantil ante los padres y del conflicto que este mismo deseo provoca, dada su naturaleza esencialmente egoísta. Y, por consiguiente, dentro del marco del *carácter bi-sexual*, o indiferenciado, infantil, también las niñas acusan la situación edipiana. Más tarde, a este íntimo y predominante enlace materno se van integrando elementos eróticos, que, fortaleciéndose en el curso de los años, hacen que el Edipo adquiera su forma clásica, descrita por S. FREUD. En el caso de la niña, la creciente erotización desarrolla una inclinación específica hacia el padre y una paralela actitud hostil hacia la madre, esto es, el *complejo de Electra*. Ulteriormente, con la diferenciación definitiva de la sexualidad, en la pubertad, se va produciendo una emancipación, más o menos completa, del contexto parental, que contribuye a forti-



ficar la independencia y la autonomía del individuo. Ahora bien, el íntimo enlace con dicho contexto parental es tan hondo y tan primario, que la ruptura con el mismo tropieza, según JUNG, con severas dificultades, que interjuegan dinámicamente con la tendencia de la libido a ligarse a objetos extra-familiares. En este sentido, JUNG ve en los deseos incestuosos, descritos por FREUD, una expresión simbólica del anhelo de regresar a la fuente originaria de la vida, nutricia y protectora. Y es justamente aquí donde el encauzamiento de la libido a través de canales simbólicos, arquetípicos, puede desempeñar un importante papel compensatorio, abriendo así una nueva dimensión de comunicación social.

Así pues, para JUNG, el *complejo de Edipo*, y el de *Electra*, tienen, como en FREUD, un carácter universal, pero ambos, por encima de lo meramente erótico, se hunden en lo más íntimo de la *psique colectiva*, bajo la fuerza de los *arquetipos*. Según JUNG, la fase de vinculación materna prevalente, pre-sexual, que comprende aproximadamente los tres o los cinco primeros años de la vida, asienta, en último extremo, en una proyección inconsciente del *arquetipo de la madre* sobre la madre real, o sobre la substitutiva figura maternizante, que acaba asumiendo simbólicamente, como entidad nutricia y protectora, las notas modélicas y arquetípicas de todas las madres pretéritas. Más adelante, no puede descartarse, en este mismo sentido, en las relaciones con el padre, la proyección del *arquetipo del padre*, como categoría universal de autoridad. Posteriormente, los primeros brotes de erotismo, inocentes e inciertos, matizan aún más la situación; aunque, evidentemente, no puede descartarse tampoco, a medida que avanza la evolución, la fuerza operante del *anima* y del *animus*, como *figuras arquetípicas del sexo contrario*, que acaban desempeñando también un papel decisivo. Y, ciertamente, tampoco cabe desdeñar, en todo este contexto, la misma operancia de la psicología de los progenitores, que, con la proyección inconsciente de sus *arquetipos*, de lo *masculino* o de lo *femenino* que compensatoriamente existe en ellos, contribuyen decididamente a intensificar los vínculos incestuosos. De este modo, podría decidirse, a nuestro entender, desde JUNG, que la cuestión del Edipo asienta, en definitiva, sobre la dinámica misma de los *arquetipos del inconsciente colectivo*.

II-3.—Dentro del *grupo británico de psicoanálisis*, hay que mencionar, en primer término, a MELANIE KLEIN (1882-1960), que intenta retrotraer el *complejo de Edipo*, y la génesis del *Super-Yo*, hasta momentos muy precoces del desarrollo infantil. A la luz de los *análisis tempranos* de KLEIN, realizados, por lo general, con niños menores de siete años, —e incluso, en ocasiones, con menores de tres—, mediante una técnica lúdica, se deduce que, a partir de las primeras experiencias, relativas a la nutrición y a la presencia-ausencia de la madre, el niño inicia con ella una *precoz relación objetal*. Durante los tres o cuatro primeros meses de la vida, esto es, durante la *posición esquizo-paranoide*, que dice M. KLEIN, esta primitiva relación objetal se configura particularmente en torno al seno materno, en una integración y convergencia de impulsos libidinales y destructivos, que el bebé dirige, de modo específico, sobre dicho *objeto parcial*. Los sentimientos placenteros y dis-placenteros cristalizan, en la fantasía infantil, en las *imago*s de un *pecho bueno*, nutricio, gratificante y protector, y de un *pecho malo*, frustrante, *persecutorio* y, por ende, ansiógeno. Así, el niño tiende a *escindir* (*Splitting*) la realidad que experimenta en *objetos externos buenos y malos*, que *introyecta* o *proyecta*, respectivamente. Paralelamente, el *mundo interior* se compone también de *imago*s buenas y malas, como una concreción del *instinto de vida* y de la *pulsión de muerte*. Es preciso aclarar, en este sentido, que la división que establece el niño entre objetos satisfactorios y persecutorios no es, realmente, según M. KLEIN, un carácter efectivo del objeto mismo, sino más bien una distorsión fantasmática, resultado de las experiencias gratificantes y frustrantes, pero además y esencialmente resultado de la convergencia de las pulsiones libidinales y agresivas, que el niño proyecta incessantemente sobre el campo concreto de su realidad relacional. De este modo, tales objetos son *fantasmas*, esto es, escenificaciones imaginarias, más o menos deformadas por los procesos aperceptivos y defensivos, de deseos inconscientes.

En definitiva, este período del desarrollo mental infantil está presidido, según M. KLEIN, por la *escisión*, la *introyección* y la *proyección*, los mecanismos de *idealización* del «pecho bueno», las *alucinaciones gratificantes* compensatorias y la *angustia persecutoria*, proveniente del «pecho malo». Todo ello, dentro del contexto de una *organización oral* prevalente, que no excluye tampoco la integración subordinada de otras tendencias instintivas, más o menos *polimorfas*.



Alrededor de los seis meses de edad alcanza el niño, según KLEIN, el momento cumbre de la *posición depresiva*. A partir de los tres o cuatro meses, el Yo va fortaleciéndose e integrándose, y la figura materna adquiere progresivamente el relieve de un *objeto total*, que encierra, a la vez, aspectos gratificantes y frustrantes. Al mismo tiempo, la primitiva relación objetal, exclusivamente materna, se amplía hacia otros objetos de la realidad y, por ende, hacia el padre. Por otra parte, aunque la *oralidad* sea predominante, el *polimorfismo libidinal, anal, uretral y genital*, va progresivamente acentuándose y coloreando las vinculaciones objetales y las fantasías inconscientes.

La temática esencial de la «posición depresiva» que describe KLEIN, gira en torno de una *angustia depresiva*, que se arraiga en el *temor de perder el objeto libidinal* y en el *temor de destruirlo* con las propias proyecciones tanáticas, ya que los *mecanismos sádico-orales* se encuentran aún en pleno apogeo. La iniciación del destete, vivido como *pérdida de objeto*, y la agresividad subsecuente al mismo, contribuyen a intensificar la ambivalencia y la culpa, la angustia y el miedo.

Compensatoriamente, en la «posición depresiva» se incrementan los procesos de introyección. Tal fenómeno se debe a una imperiosa necesidad de posesión y de retención del objeto, y, en último término, según KLEIN, a una especie de *intento reparatorio*, en una inhibición, protectora para el objeto, de la propia destructividad.

Además de la *intensificación de las identificaciones*, el Yo utiliza, a fin de contrarrestar la «ansiedad depresiva», un tipo regresivo de defensas, que KLEIN denomina *defensas maniacas*. Tales defensas giran en torno de una negación omnipotente de las vivencias de dependencia del objeto, incluyendo mecanismos de escisión, de idealización y de identificación proyectiva; mecanismos que, por otra parte, ya habían sido empleados durante la posición esquizoparanoidea». En último término, el nivel relacional maniaco se compone de vivencias compensatorias de control del objeto, de omnipotencia sobre él y, finalmente, de desprecio hacia el mismo.

Otro grupo de defensas, frente a las ansiedades de la «posición depresiva», tiene un tinte progresivo, que consiste en una activación de impulsos tendientes a la recuperación y a la «restauración» de los objetos amados, que habían sido afectados por las pulsiones destructivas. En tal sentido, se da, según M. KLEIN, un intento de inhibir y de con-

trolar las tendencias tanáticas; un incremento de la identificación; una inclinación a conservar el amor del objeto, a pesar de las experiencias displacenteras; un reconocimiento más completo de la realidad y del valor objetal; y, en fin, una «derivación sublimatoria» de los impulsos, desde una básica confianza en las propias capacidades «reparatorias». De esta manera, la ansiedad comienza definitivamente a ser mitigada y compensada.

Desde este panorama evolutivo que ofrece M. KLEIN, y que hemos expuesto muy difuminadamente, el *complejo de Edipo*, tal y como fue descrito por FREUD, *se revela como la culminación final de un proceso que comienza en los estadios más precoces de la infancia*, remitiendo esencialmente, en su fase temprana, al comienzo mismo de la «posición depresiva».

El *complejo de Edipo* nace, según M. KLEIN, en una búsqueda, por parte del niño, de nuevos objetos libidinales. Tal búsqueda se arraiga en la misma avidez oral del infante y, sin duda también, en las frustraciones emanadas de la madre. Así, los deseos incorporativos se desplazan, según KLEIN, hacia el padre, que es introyectado, y de este modo integrado al mundo de los objetos internos. Diríamos, entonces, que, desde el punto de vista kleiniano, el comienzo del Edipo masculino sitúa al niño en una «posición femenina». Por otra parte, los deseos libidinales por el padre se entrelazan íntimamente con sentimientos de celos y de envidia hacia la madre, como rival efectivo de sus pulsiones. Tales sentimientos, y las incesantes fantasías que el niño elabora y proyecta, de acuerdo con sus oscilaciones pulsionales, sobre el vínculo libidinal que percibe entre los padres, son el origen de continuas descargas agresivas sobre los mismos, desde la incontenible actividad de sus «fantasmas» interiores.

Hay que advertir que en el inicio del *complejo de Edipo*, en la transición misma de la *posición esquizoparanoide* a la *depresiva*, toda esta conflictiva fenomenología es mantenida con los *objetos parciales, maternos y paternos*, que aún juegan un papel importante en la mente infantil, en tanto la relación objetal completa está comenzando a ser establecida. Diríamos, entonces, que, en este momento evolutivo, existe un entrelazamiento dinámico entre los *objetos parciales* y los *totales*. Así, la avidez oral del niño y las frustraciones atribuidas al pecho materno, desplazan los deseos oraldigestivos hacia el órgano genital paterno, que, según KLEIN, es internalizado como objeto «bueno» y «malo».



De este modo, el niño desea el falo, y desarrolla hostilidad y celos frente a los objetos maternos. No obstante, los desengaños y las insatisfacciones originados en las fantasías mismas del genital del padre, le hacen volver, una y otra vez, hacia su primer objeto amoroso, esto es, hacia el seno materno. A medida que avanza el desarrollo, y progresa la integración del Yo, los objetos se aproximan, cada vez más, a las personas totales y reales, y el conflicto es ya mantenido con las figuras parentales completas, individuales y separadas. Sin embargo, la proyección de las exuberantes fantasías inconscientes sigue distorsionando las percepciones, y el niño fantasea, en función de su organización pulsional, sobre las relaciones libidinales de la pareja parental. Fantasea, según KLEIN, con el vientre materno, el seno y la madre, conteniendo el falo paterno y al padre. Y es justamente la intensidad de los celos y de la envidia del niño, la que condiciona y determina la intensidad y la operancia de estas escenificaciones imaginarias de la unión parental.

Hay que advertir también, en cuanto a la organización pulsional, que el *complejo de Edipo* adviene, desde el punto de vista kleiniano, durante los estadios *sádico-oral* y *sádico-anal*, y que es vivido, por consiguiente, dentro del contexto de una intensa destructividad. No obstante, bajo el predominio de estas organizaciones sexuales, se integran también, según KLEIN, tendencias *uretrales* y *genitales*. En este sentido, podría decirse, entonces, que la *libido genital* va abriéndose paso progresivamente, a través de manifestaciones y de fantasías propiamente *sádico-pregenitales*. Y es precisamente el florecimiento de estas tendencias genitales del niño, el que impulsa a éste hacia la madre como objeto sexual, deseando poseerla, «oral», «anal» y «genitalmente», y colocándose así, en consecuencia, en una situación, propiamente edípica, de rivalidad con el padre. Tal rivalidad se alimenta también, según M. KLEIN, de las frustraciones paternas y de los temores al padre, nacidos unos de la rivalidad misma, y otros de los aspectos «persecutorios» paternos. De esta manera, el niño pasa de la «posición femenina» a una posición propiamente heterosexual. En resumen, pues, el conflicto edípico propiamente dicho nace, en el caso del niño, según KLEIN, desde que experimenta odio hacia el falo del padre y desde que desea unirse a su madre de forma genital, para destruir el falo de su padre que él supone en el interior del cuerpo de la madre.

La máxima afirmación de los impulsos genitales ocurre alrededor del tercer año y, por consiguiente, es en este período cuando el *com-*

*plejo de Edipo* alcanza también su más completa organización. Esta organización resulta, desde el punto de vista kleiniano, tremendamente compleja, ya que implica no solamente una ambivalencia frente a los padres reales, sino además una ambivalencia frente a los objetos internos, que, desde la «fase oral», el niño ha venido introyectando. En este sentido, el *temor de castración*, que describiera FREUD en el varón, se instala también a instancias del temor a los «perseguidores internos», esto es, a las «imago» parentales «persecutorias».

La situación edípica comienza a empalidecer y a eclipsarse, a partir, aproximadamente, de la edad de cinco a seis años, en que según KLEIN, se inicia el *período de latencia*, con la represión de los deseos incestuosos, el declinar de la fantasía y la transformación estructural del *Super-Yo*.

Con respecto a la evolución femenina, M. KLEIN piensa que la situación edípica nace, como en el varón, en una búsqueda de nuevos objetos libidinales, que se enraza en la misma avidez oral de la niña y en las frustraciones emanadas de la madre. En este sentido, el inicio del destete y, posteriormente, las crecientes inhibiciones del aprendizaje para el control corporal, con las fantasías asociadas a estas experiencias, provocan la elección del padre como objeto amoroso. De este modo, la niña se coloca en una rivalidad, celotípica y hostil, frente a la madre.

El *deseo fálico* de la niña comienza siendo, entonces, para KLEIN, un *deseo específicamente oral*, que lleva a la incorporación del falo, con sus aspectos *ideales* y *persecutorios*, al mundo de los objetos internos. Este *deseo oral* se va tiñendo también con impulsos y fantasías *anales*, *uretrales* y *genitales*, ya que, como se sabe, tanto en la niña como en el niño, existen precozmente, según KLEIN, sensaciones genitales diversas y un «conocimiento inconsciente» de tales zonas erógenas.

Los «fantasmas» asociados a los impulsos genitales tienen un carácter específicamente femenino, esto es, receptivo o incorporativo. Tal receptividad hace referencia, en primer término, al falo paterno, y, posteriormente, según M. KLEIN, al deseo de recibir un niño de él. Más tarde, con la frustración de estos deseos femeninos, surgirá también en la niña la fantasía desiderativa de un falo anatómico.

Los conflictos y ansiedades que nacen de la adopción de la «posición femenina», estimulan, desde un condicionamiento celotípico, las fan-

tasías destructivas de la niña, que son proyectadas sobre el cuerpo materno. A su vez, la frustración de los deseos femeninos, provoca temor y odio por la figura paterna y, por supuesto, por el falo «malo» internalizado. En conjunto, la pareja parental, que aparece unida, para la niña, en un vertiginoso y fantasmático juego de gratificaciones mutuas, es fuente de ambivalencias, de envidia, de celos y de temores. En este contexto, se fortalece la *envidia fálica*, en el sentido de que, según KLEIN, la niña considera que la posesión del falo, imaginariamente gratificante y persecutorio, la investirá de una omnipotencia inconmensurable, que podrá utilizar, *sádicamente*, sobre la pareja parental. Una complicación de tal dinámica la constituye, ciertamente, el hecho de vivenciar la niña la no posesión de un falo anatómico. De modo que, también desde el punto de vista kleiniano, las diferencias morfofisiológicas de los sexos se convierten en un factor de significativa importancia en el desarrollo psicosexual.

Así pues, la niña oscila afectivamente, impulsada por un interjuego de deseos femeninos y de pulsiones masculinas. Como hemos dicho, la frustración de los deseos femeninos, hace que desarrolle temor y odio por la figura paterna, y que se polarice, nuevamente, hacia la madre. Así, puede hablarse de una «masculinización» relativa de la niña, que discurre paralelamente al descubrimiento de su inferioridad clitoridiana. No obstante, este falicismo es, en realidad, un fenómeno secundario, de naturaleza defensiva, que surge a expensas de la temprana femineidad frustrada y de las ansiedades «persecutorias» y «depresivas» emanadas de tal situación. Tal falicismo proporciona, además, la posibilidad de aplacar, y de «reparar», a la madre atacada, y vengadora, e igualmente de «reparar» también su propio interior femenino.

La superación de las frustraciones subsecuentes a los primeros deseos femeninos y, por ende, del falicismo secundario, coloca, cada vez más, a la niña en el camino de la femineidad y del fortalecimiento de la elección de objeto heterosexual. Sin duda, la receptividad propia de la niña y la creciente efervescencia de sus impulsos genitales, constituyen el germen de su posición definitivamente femenina. Por otra parte, hay que insistir, una vez más, en que el falo-centrismo de la niña es, esencialmente, defensivo; se conecta con las insatisfacciones femeninas, pero indudablemente también con el deseo fálico propiamente objetal, esto es, con un deseo típica y precozmente edipiano. En tal sentido, proviene entonces del miedo a la madre, suscitado en relación con los

fantasmas agresivos que la niña había previamente dirigido contra la figura materna. Así, la falicidad infantil femenina cumple una función autoprotectora y, a la vez, «reparatoria ante la madre».

Las fantasías «reparatorias» constituyen, para M. KLEIN, una condición indispensable para que se produzca la evolución favorable de la psicosexualidad de las niñas. En este sentido, tales fantasías cumplen una función transaccional, es decir, responden a un deseo inconsciente de compartir con la madre el falo paterno y el niño esperado del padre. De esta manera, las fantasías «restitutivas» están significando ya, desde el punto de vista kleiniano, una resolución de la culpabilidad ante la madre, una identificación con la misma y, por ende, una postura femenina. Al mismo tiempo, estas fantasías de «reparación» abren ya el camino hacia la renuncia de los deseos edípicos. En esta secuencia evolutiva, los «componentes masculinos», antes mencionados, serán objeto de «derivaciones sublimatorias» o de una incorporación, en calidad de rasgos, a la estructura del carácter. Evidentemente, cuando la evolución sufre perturbaciones, dichos «componentes masculinos» constituyen, forzosamente, modos dinámicos para una organización neurótica o perversa de la personalidad.

En resumen, la heterodoxia de M. KLEIN consiste, fundamentalmente, en la importancia que atribuye a la precocidad de las tendencias edípicas. Melanie KLEIN piensa, como hemos visto, que el *complejo de Edipo* comienza mucho antes de la «fase fálica», esto es, en los primeros momentos de la *posición depresiva* y en relación con los inicios del destete. Paralelamente a esta formulación, KLEIN sostiene también la precocidad genética del *Super Ego*. En definitiva, el *Superyo* surge, según ella, a raíz de las primeras introyecciones de objetos. No es por consiguiente, el heredero del complejo de Edipo, como en Freud, sino el resultado del impacto endopsíquico, estructurante, de las «imágenes» parentales. «Imágenes» que, según dijimos, han sido elaboradas desde la relación objetal con los padres, pero transformando el niño esta relación, según KLEIN, a través de un proceso de distorsión fantástica, apoyado en las angustias y temores infantiles, desde el interjuego entre las pulsiones libidinales y destructivas.

Como es sabido, para M. KLEIN existen, desde el principio, unos *rudimentos yoicos*, dotados de función sintético-integradora, capaces de establecer relaciones objetales precoces y de poner en marcha *mecanismos egodefensivos, introyecciones, proyecciones y disociaciones*. En

to bueno»; otra parte, se instrumentaliza (Y. C.); y finalmente, otra se carga de agresividad (Y. Anti-L.), y cumple la función de un «saboteador interno», conectado con los aspectos «rechazantes» del «objeto malo».

Por otra parte, la *libido* freudiana aparece, para FAIRBAIRN, como un *impulso vital primario, buscador de objetos buenos o satisfactorios*. En este sentido, examina FAIRBAIRN los avatares y las vicisitudes de la libido no a lo largo de su evolución zonal, como hace FREUD, sino en función de la dinámica misma de las relaciones de objeto. Y es que, desde la perspectiva fairbairniana, las diversas zonas erógenas no son primariamente erógenas, sino que se erotizan y se deserotizan, al ser utilizadas en la relación con los objetos, a lo largo de las etapas de maduración de la ciclomorfosis humana. En tal erotización y deserotización, la maduración biosomática pone a disposición del individuo en crecimiento las zonas y las funciones para el establecimiento de la conexión interhumana. Pero, en último término, el modo erótico de usar estas zonas corporales es condicionado por las actitudes de las figuras que componen el entorno parental y social.

De este modo, la evolución de la personalidad queda enmarcada en un proceso diacrónico reacto-objetal, que se extiende desde una situación de *dependencia infantil*, —con actitudes incorporativas «orales» y una identificación primaria con el objeto—, hasta una situación de *dependencia madura* —con la plena diferenciación del Yo del objeto—. Entre el estadio de «dependencia infantil», —que corresponde a las «fases orales» de FREUD-ABRAHAM y que es, por tanto, esencialmente incorporativo—, y el estadio de «dependencia madura», —que incluye lo «genital»—, se sitúa, según FAIRBAIRN, un *estadio de transición*, en el que el Yo utiliza *técnicas obsesivas, paranoides, histéricas o fóbicas*, para manejar las dificultades relacionales surgidas en el estadio de «dependencia infantil».

Hay que señalar también que en esta situación de «simbiosis-dependencia» hay un primer momento evolutivo («fase oral-primaria»), de relación con «objetos parciales», y un segundo momento, de relación con «objetos totales» («fase oral-secundaria» o «sádico-oral»). Que en la etapa de «dependencia madura» la relación es, definitivamente, con «objetos totales», independientes y genitalizados. Y, por último, que en el «estadio de transición» el «objeto total» es tratado como «contenido», en función de las actitudes incorporativas orales previas.

Dentro de este contexto fairbairniano, la *cuestión del Edipo* aparece como un *producto final de perpetuación de la simbiosis del niño con el entorno parental*. Tal simbiosis, o «dependencia infantil», remite, en un nivel más profundo, a las formas pre-edípicas, «orales» y «anales», de las relaciones objetales y de las ambivalencias afectivas. En este sentido, el *complejo de Edipo* sería la cristalización última de las situaciones vividas, y fantaseadas, en la etapa de «dependencia infantil», en la profunda interacción con las figuras parentales, que pueden haber asumido alternativamente, para la fantasía infantil, uno u otro papel, como objetos «rechazantes» o «aceptados». Así, el *complejo de Edipo* representaría, para FAIRBAIRN, *una muy concreta formalización de la pugna por superar la insuperada situación de «dependencia infantil»*. Pero evidentemente, esta formalización final podría adoptar otros aspectos. Es decir, que, para FAIRBAIRN, *la etapa de «dependencia infantil» sustituye al complejo de Edipo freudiano*, y se convierte así en el punto arquimédico para el entendimiento de las neurosis.

Con respecto al *Super-Yo*, tampoco sería éste el heredero del complejo de Edipo, como en SIGMUND FREUD. En realidad, este término podría revestir, en FAIRBAIRN, dos sentidos. Según uno de ellos, el *Super-Yo* sería el O. I., catectizado y aceptado por el Y. C. En la segunda acepción, se referiría mucho más a los aspectos sádicos del Y. Anti-L., vinculado al O.R. Tendríamos así que esta última estructura se convierte, para FAIRBAIRN, en un «saboteador interno», que descargando sus agresiones sobre el Y. L., provoca en éste el desencadenamiento de ansiedades y de culpas «persecutorias».

Alcanzada esta conclusión, es preciso tener en cuenta que, según el esquema fairbairniano, tanto el Y. L. como el Y. Anti-L. constituyen partes reprimidas de la personalidad. En este sentido, el Y. C. ↔ O. I. se convierte, para FAIRBAIRN, en el nivel ético-ideal maduro, coherente y racional, en tanto que el sistema Y. Anti-L. ↔ O. R. queda entonces como el nivel de las exigencias propiamente superyoicas o, si se prefiere, persecutorias. Así, en la maduración de la personalidad, la moralidad y la conciencia irracionales deben dejar paso a la moralidad y a la conciencia racionales, lo que equivale a un fortalecimiento del campo operacional y experiencial del Y. C.





II-4. Frente a la teoría freudiana de la evolución de la sexualidad y del complejo de Edipo, que acaba trascendiendo a una sociología psicoanalítica, otra fuente de heterodoxias arranca directamente del estudio comparado de las civilizaciones, esto es, del desarrollo creciente de la *antropología cultural* y de sus hallazgos más específicos. En este sentido, se sitúan, como es bien sabido, las investigaciones de B. MALINOWSKI (1884-1943), realizadas, sobre todo, entre los melanesios de Trobriand.

Según MALINOWSKI, entre los *trobriandeses* impera un tipo de *familia matrilineal*, en la que el sistema sucesorio se mantiene, casi exclusivamente, por línea femenina. En esta estructura familiar, el marido no es considerado realmente como el padre, ya que el nacimiento se interpreta como originado por la encarnación de los antepasados en el vientre materno. Así, paternidad no es sinónimo de autoridad, como en las sociedades patriarcales, y el padre aparece entonces, frente a los hijos, como un compañero, protector, divertido y amistoso, sobre el que no se descarga, en absoluto, la agresividad infantil. La personificación de la ley, de la autoridad y de las inhibiciones culturales se concreta, en cambio, sobre la figura del *mayor de los hermanos de la madre*. Pero como existe un *rigido tabú entre hermanos y hermanas*, este *tío materno* vive fuera del grupo doméstico; de este modo, parece, según MALINOWSKI, que no se desarrolla así, por parte de los sobrinos, ningún tipo de reacción celotípica frente a él. Por otra parte, como la residencia del matrimonio es *patrilocal*, los niños se mueven en un ambiente no autoritario, inmersos en un clima de libertad y de espontaneidad.

En los procesos evolutivos del niño *trobriandés* se observan también, según MALINOWSKI, notables diferencias con respecto a la fenomenología que FREUD describiera como universal, desde un contexto patriarcal. Así, existe un período de lactancia mucho más largo, que dura a veces tres y cuatro años, pero que no culmina en ninguna experiencia traumática ni penosa, ya que, en realidad, el destete se produce siempre a instancias del propio niño. Con respecto al problema de la «analidad», en relación con la educación para el control enfinteriano, no supone, igualmente, trauma alguno, porque la actitud parental es también tolerante. Por último, tampoco existen «represiones sexuales», dado que niños y niñas crecen en plena libertad, entregados incluso, desde edades tempranas, a toda clase de juegos eróticos. A este respecto, hay que exceptuar, no obstante, la operancia del *tabú del incesto entre hermano*

y *hermana*, que induce a la precoz separación de ambos, y a la inmediata represión de cualquier incipiente interés erótico-afectivo que pudiera despertarse entre los mismos.

Durante el período en que los niños viven en la casa paterna, la figura del padre no está investida, como hemos dicho, de ninguna clase de autoridad. Únicamente contribuye a los cuidados de la crianza y a la atención de las necesidades naturales del infante, y todo ello desde un nivel estrictamente cálido y afectivo, lúcido y amistoso. Toda la autoridad recae, en cambio, sobre el *tío materno*, que es el iniciador del muchacho en los secretos del parentesco y en el significado de la matrilinealidad, así como el transmisor directo de todos los valores, normas, ideales y exigencias, imperantes en Trobriand. De este modo, la figura del tío es la que reviste los *aspectos normativos e ideales* para el niño, e igualmente, y en consecuencia, la que puede suscitarle, según las circunstancias, algún tipo de *rebelión*.

Con la pubertad, se produce el abandono de la residencia «patrilocal» y el traslado al *bukumatula*, donde el adolescente puede elegir una compañera sexual, de acuerdo con la *ley de la exogamia* y el *tabú del incesto*.

Desde este contexto matrilineal, y teniendo en cuenta la peculiar fenomenología evolutiva que en él se produce, B. MALINOWSKI arguye contra el carácter universal de la formulación freudiana del Edipo. El complejo nuclear propio de la constelación familiar trobriandesa no es, según MALINOWSKI, el complejo de Edipo, sino un complejo matrilineal, en el que los impulsos incestuosos se dirigen hacia la hermana, en tanto que las proyecciones de hostilidad se desplazan hacia el tío materno. De este modo, argumenta MALINOWSKI, desde sus estudios de campo realizados en las Islas Trobriand, entre 1914 y 1918, que el complejo edípico no es, en modo alguno, un estadio obligado en el desarrollo humano, sino un *producto cultural*, específico de la *sociedad patriarcal monogámica*.

Con respecto a la argumentación de MALINOWSKI hay que aclarar, no obstante, que lejos de demostrar la inexistencia de la situación edípica entre los *trobriandeses*, viene, por el contrario, a expresar que tal situación se produce también, de hecho, pero con una fenomenología expresiva distinta, conseguida a través de una sustitución, en el triángulo edípico, del padre por el tío materno y de la madre por la hermana.

En este sentido, el antropólogo húngaro G. ROHEIM reprocha abiertamente a B. MALINOWSKI su incompetencia en la utilización del método psicoanalítico y de la hermenéutica psicoanalítica para la interpretación de los datos antropológico-culturales; y así, afirma decididamente la existencia y operancia del Edipo en la sociedad matrilineal de Trobriand, así como en culturas de Australia Central, en la Isla Normanby, en Alor, en las Islas Marquesas y entre los *kaingang* de las montañas del Brasil, los *yurok* y los indios *navajos*. En resumen para Geza ROHEIM existe una *unidad básica de la humanidad*, que se formaliza en niveles expresivos diversos, del mismo modo que existe, igualmente, un *simbolismo universal*, sobre la base de un «*contenido latente*» compartido por todos los seres humanos. En un sentido similar a ROHEIM, el etnólogo y también psicoanalista, G. DEVEREUX, nacido como ROHEIM en Hungría, crítica a MALINOWSKI y afirma la universalidad del complejo, por encima, o por debajo, de los diversos revestimientos formales que éste pueda adoptar. Añade, además, DEVEREUX que el complejo de Edipo debe de ser comprendido en la dialéctica misma de las actitudes contra-edípicas de los padres frente a las propiamente edípicas de los hijos; y que, en último término, debe de ser entendido también como el eslabón dinámico que permite pasar de la naturaleza a la cultura. Obsérvese, en este sentido, la similitud con C. LEVI-STRAUSS, para quien, como se sabe, el *tabú del incesto*, como prohibición universal, —aunque su contenido pueda variar, y de hecho lo haga, según las sociedades—, expresa la exigencia social misma del *intercambio*, como base y fundamento para el progreso de la organización humano-social, en el lenguaje de la *exogamia*, que abre las puertas a una *comunicación transaccional*, cada vez más compleja y enmarañada. Obsérvese igualmente, en el mismo sentido, la similitud relativa de DEVEREUX y LEVI-STRAUSS con la doctora FAVEZ BOUTONIER, para quien la *prohibición del incesto* en el plano social corresponde, en el plano psicológico, al complejo de Edipo, o, dicho de otra forma, para quien ambos fenómenos constituyen una unidad estructural, que se proyecta, respectivamente, y a la vez, en el plano de la vida colectiva y en la dimensión de la existencia individual.

Aparte ya de MALINOWSKI, A. KARDINER, que publica sus trabajos fundamentales entre 1939 y 1945, llega a la conclusión de que cada cultura proporciona unos *modelos concretos* para la satisfacción de las *necesidades primarias*, configurándose así una matriz caracterológica básica y unos peculiares estilos de vida, específicos para los individuos

de dicha cultura, que él denomina *personalidad de base*. En este sentido, la idea freudiana de la universalidad de las fases del desarrollo psico-sexual, es sustituida por el énfasis en los *procesos de adaptación* al ambiente físico y al contexto propio de cada estructura social.

Según KARDINER, en las Islas Marquesas, por ejemplo, no se daría tampoco el complejo de Edipo, porque el padre aparece fundamentalmente, ante los hijos, como una figura protectora, en contraste con la madre, que est vivenciada como un rival por parte de los niños de ambos sexos. Estos hechos, las diferencias psico-sexuales masculinas y femeninas, y la «personalidad de base» dominante, dependen esencialmente, para KARDINER, de la prevalencia femenina en dicha cultura, del habitual *matrimonio de grupo* y de la inusitada libertad sexual existente, antes y después del matrimonio. Frente a estas opiniones de KARDINER, acabamos de ver, sin embargo, la contestación antropológica y psicoanalítica de G. ROHEIM, afirmando la existencia y operancia del Edipo en las Islas Marquesas. Roheim se basa, para rebatir a KARDINER, en un análisis exhaustivo de los mitos específicos de las Islas Marquesas, y particularmente del mito de Tiki, que revelan, finalmente, un tinte claramente edípico. Para ROHEIM, entre los isleños de las MARQUESAS con su peculiar sistema de *poliandria* y con el fenómeno del *destete sin amor* y la *vivencia de la «madre mala»*, se halla todavía el complejo de Edipo, pero, a partir de la *frustración temprana*, «*todo se convierte en su contrario*» y, en consecuencia, se subraya el *complejo edípico negativo*, la mujer se convierte en rival hostil y, a causa de este aspecto y de la agresión pre-edípica proyectada frente a las madres, se sacrifica a las niñas recién nacidas. En otras palabras, según ROHEIM, el sentimiento de culpa es tan vigoroso que el padre huye simbólicamente del campo de batalla, y castiga así, con esta degradación, su deseo de matar al hijo.

R. LINTON, que también trabajó en las Islas Marquesas, entre 1920 y 1921, constata, como KARDINER, que la *angustia alimenticia*, en estas islas, configura unos rasgos de personalidad predominantemente «orales», en relación con las privaciones subsecuentes a las frecuentes sequías y a la periódica escasez de alimentos. En este contexto, se hace evidente, para LINTON, que la temática sexual queda eclipsada por la «ansiedad oral» y que, por ende, las instituciones, las costumbres, los tabúes y los temores más específicos del individuo, y del grupo, giran mucho más en torno a la nutrición que en torno a la sexualidad genital.





M. MEAD (1901) publica entre 1928 y 1939 estudios antropológico-culturales sobre Samoa y pueblos de Nueva Guinea. Según ella, en Samoa no existe prácticamente crisis de adolescencia. Fundamento de esta ausencia es, para M. MEAD, la libertad sexual, la no jerarquización etaria y la difuminación de las figuras parentales. En este sentido, si el niño se encuentra insatisfecho en su propio hogar, tiene la libertad de trasladarse al de un pariente que vaya más acorde con su carácter; así, la hostilidad frente al padre no desempeña, en modo alguno, desde la perspectiva de MEAD, un papel dominante.

En Manus, según M. MEAD, los niños son esencialmente educados por el padre, con todo tipo de prerrogativas hasta la pubertad. Entre los Arapesh de Nueva Guinea, el estudio de MEAD revela un relativismo en los comportamientos masculinos y femeninos, con una actitud maternal en ambos sexos y una escasa impulsividad sexual; el hombre aparece, por otra parte, como escasamente revestido de autoridad y de agresividad. Los Mundugumor, —otra tribu de Nueva Guinea—, en relación con las frustraciones dimanantes de la hostilidad parental, desarrollan, en cambio, características «sádico-oraes» de personalidad. Por último, entre los Tchambuli, —también estudiados por M. Mead en Nueva Guinea—, existe, con respecto a nuestras sociedades, una inversión de papeles, en el sentido de que el hombre, menos dominante y más pasivo, depende afectivamente de la mujer; este hecho contrasta, por otra parte, con el sistema de sucesión «patrilineal» imperante.

Para R. BENEDICT, que publica su *Patterns of Culture* en 1934, y que realiza su estudio de campo en pueblos mexicanos y entre los Dobu de Nueva Guinea y los kwakintl del noroeste americano, la cultura es la que, en último término, modela la existencia, la conducta, el pensamiento, la afectividad y la impulsividad de los individuos. En este sentido, los *modelos culturales* prevalentes seleccionan los *patrones conductuales* más acordes con el contexto social, y hacen aflorar, de este modo, un tipo característico y concreto de personalidad, diferente para cada cultura. Así, el aprendizaje social delimita el perfil psicológico, y se sitúa por encima de lo meramente biológico.

Todos estos estudios antropológicos imponen la noción misma de la *variabilidad y del relativismo de los tipos de personalidad y de sus modos evolutivos*. Igualmente, imponen también la idea de la *variabilidad y del relativismo de los comportamientos sexuales*, desde todos los niveles —expresivos, vivenciales y conflictivos— de la pulsión erótica.

En este sentido, parece que se desprende, en último extremo, la falacia freudiana sobre la universalidad de las fases de la evolución libidinal, y, en el abigarrado caleidoscopio de las diversas conductas impulsivas y sexuales, la falacia misma del complejo de Edipo. No obstante, todos estos estudios antropológicos son ampliamente controvertidos, y, como hemos visto, sus hallazgos más específicos —e indudables— pueden ser enfocados e interpretados, con el método psicoanalítico y con el método estructural, en otra dimensión (ROHEIM, LEVI-STRAUSS, DEVEREUX, etc., etc.). Sin embargo, el impacto de estos planteamientos, nacidos de la antropología cultural, ha trascendido sobre la *Escuela Cultural* de psicoanálisis, constituida, como se sabe, esencialmente por K. HORNEY, H. S. SULLIVAN y E. FROMM. Y tal *Escuela Cultural Neo-Analítica* configura, sin duda, una heterodoxia más frente al freudismo ortodoxo.

II-5.—De KAREN HORNEY ya nos hemos ocupado con anterioridad. Con respecto a H. S. SULLIVAN (1892-1949), la cuestión se reduce, en esencia, a un interjuego dinámico entre el «afán de satisfacción» y la básica «necesidad de seguridad», a través de las experiencias vivenciales con las personas significativas de la infancia y con sus actitudes fundamentales; así la sexualidad queda relegada a un segundo plano, por la fuerza de las relaciones inter-personales, en el seno de la familia, y el *complejo de Edipo* remite, en consecuencia, a una *actitud infantil reactiva*, suscitada por la «familiaridad» o la «distancia» mantenidas entre los progenitores y el niño. Por último, la heterodoxia revisionista de ERICH FROMM (1900) reviste, sobre todo con respecto a nuestro tema del Edipo, mayor complejidad e interés, por lo que nos ocuparemos de ella de forma preferente.

E. FROMM vincula el *complejo de Edipo* a un *problema básico de autoridad*, desprovéyendolo de los factores propiamente libidinales. Se trata, en definitiva, de un *proceso de rebelión filial, dentro del autoritario contexto de la sociedad patriarcal*.

En principio, parte FROMM de una *reinterpretación del drama edípico*, basándose no solamente en el «*Edipo Rey*», de Sófocles, sino también en «*Edipo en Colono*» y en «*Antígona*», del mismo autor. Según la hermenéutica frommiana, las tres obras ofrecen una evidente continuidad, y puede considerarse que constituyen, funcionalmente, una trilogía.

Según E. FROMM, el elemento dinámico más importante que juega en la trama de «*Edipo Rey*» no es la relación afectivo-incestuosa entre Edipo y Yocasta, sino la victoria de Edipo, que acaba ocupando el lugar de su padre, Layo, y obteniendo así todas sus prerrogativas, incluido, —como elemento secundario—, el acceso sexual a su madre, Yocasta. En «*Edipo en Colono*» vuelve a repetirse, para FROMM, la misma dinámica de la competición paternofamiliar, bajo la forma de la pugna entre Edipo y sus hijos, Etéocles y Polinices. Y, por último, en «*Antígona*» el asunto central es otra vez, para Fromm, el mismo conflicto entre la autoridad patriarcal y los hijos, expresado en el enfrentamiento entre Creonte y Hemon. Para FROMM, esta comunidad temática entre las tres obras tiene una capital importancia, y ayuda a entender la teoría del complejo de Edipo desde otra perspectiva que la propiamente freudiana.

Como el propio FROMM reconoce, su interpretación del drama edípico se basa en los análisis que J. BACHOFEN (1815-1887) hizo de la mitología griega, y en los estudios antropológico-culturales de LEWIS MORGAN (1818-1881), B. MALINOWSKI, EDWARD WESTERMARK (1862-1939) y ROBERT BRIFFAULT. Como es bien sabido, la teoría expresada por BACHOFEN en «*Das Mutterrecht*» (1861) apoya un *comienzo matriarcal de la historia humana*; matriarcado que posteriormente derivó, con el desarrollo histórico, hacia un *orden patriarcal monogámico*. Y en tanto el matriarcado se caracterizaba por la libertad, la igualdad, la fraternidad y por una preponderancia de los lazos sanguíneos y naturales, el sistema del patriarcado monogámico enfatizaba, en cambio, una estructura basada en la autoridad, en la ley, en la jerarquía, en la razón y en los esfuerzos por dominar y transformar a la naturaleza.

En definitiva, FROMM interpreta el mito de Edipo, desde este punto de vista, como la fiel expresión de la eterna rivalidad entre los antagónicos principios matriarcales y patriarcales. Y, consecuentemente con esta interpretación, pasando inmediatamente a la consideración del complejo, FROMM afirma decididamente su relativismo histórico. Dicho de otra forma, el *complejo de Edipo es*, para él, *sintomático de la sociedad patriarcal monogámica, y no tiene razón de darse en sociedades no-patriarcales*. Por otra parte, afirma también que tal complejo, propio de nuestra cultura, *no es la expresión de una incestuosa sexualidad infantil, sino, en general, la manifestación de una rebelión filial contra la represiva autoridad paterna*.

El niño, en la fase edípica, trata, según FROMM, de afirmarse frente a los padres, y de conquistar así su individualidad. Ciertamente, tal lucha por la autoafirmación se acompaña también, en ocasiones, de una *fenomenología sexual-incestuosa*, pero este aspecto no es, para FROMM, la causa esencial del complejo, sino la *consecuencia de una actitud parental erotizante*; así, esta fenomenología libidinal e incestuosa no tiene tampoco una validez universal, ni aún en el seno de nuestra cultura. Por otra parte, según FROMM, el complejo de Edipo, punto nodal en la exégesis freudiana de las neurosis, no mantiene una relación de causalidad con las mismas; más bien, tanto el complejo edípico como la neurosis surgen, para FROMM, de la misma dialéctica entre el afán de independencia, de realización y de autonomía, y las normas restrictivas patriarcales, sociofamiliares, que obstaculizan este camino hacia la individualidad.

Para FROMM, que también está muy influenciado por las similares formulaciones de OTTO RANK (1884-1939) sobre el mito y el complejo edípicos, S. FREUD constató la sexualidad infantil, la frecuente presencia de adhesiones simbiótico-parentales por parte de los hijos, y la inusitada importancia de los conflictos padre-hijo. De ello, dedujo una cadena causal, basando el segundo fenómeno en el primero, y centrando el tercero en torno a una ambivalente rivalidad sexual. Para E. FROMM, en cambio, esta cadena causal entre los tres fenómenos es fruto de una deformación reductiva muy simplista. Existe sexualidad infantil, existen adhesiones endotímicas a las figuras parentales y existen, también, indudables tensiones paterno-filiales, pero estos tres órdenes de hechos no tienen forzosamente que estar encadenados. Así, la vinculación con la madre no suele ser de origen sexual, sino que más bien, desde un fondo antropológico, suele responder, en cambio, a una actitud sobreprotectora y absorbente por parte de la figura materna. E igualmente la rivalidad padre-hijo es típica de las sociedades patriarcales, no como pugna propiamente celotípico-sexual, sino como pugna, fundamental y básica, entre el *anhelo de libertad* y el «*miedo a la libertad*», procedente de la coercitiva operancia de la normatividad paterna. Por ello, FROMM cree que en una sociedad en la que se respetara, de verdad, desde el seno de la familia hasta la organización social misma, la integridad y la peculiaridad de cada individuo, y de cada niño, el complejo de Edipo, como situación conflictiva sociogenética, no llegaría a darse.





En último término, desde la perspectiva de FROMM, la mencionada fijación simbiótico-incestuosa de ambos sexos a la madre, arraigada en el desvalimiento biopsicológico del niño, potenciada por una actitud materna sobreprotectora y absorbente, y a veces matizada también por las proyecciones erótico-neurotizantes de la madre o de la figura maternizante, constituye un complejo, entretejido de amor y de miedo, que viene a ser más elemental y más fuerte que el mismo complejo de Edipo, descrito por FREUD. Tal fijación simbiótico-incestuosa es incompatible con la autorrealización, choca inevitablemente con la razón y con la objetividad y distorsiona, entorpece e inhibe, el espontáneo desarrollo de unas «productivas» relaciones interpersonales.

En conclusión, la heterodoxia frommiana reside en la *relativización histórico-cultural del Edipo*, en una exégesis antropológico-social del mismo, y en la insistencia final sobre la primigenia y radical importancia del par dialéctico «*simbiosis incestuosa - realización productiva*», como parámetro básico para el entendimiento del desarrollo humano y de los conflictos neuróticos. Desde el punto de vista de FROMM, no se habla por consiguiente, en realidad, de complejo de Edipo, sino, más bien, de «*complejo patricéntrico*», propio de las sociedades patriarcales, y de «*complejo matricéntrico*», específico del orden social matriarcal. De todos modos, según FROMM, en cualquier sociedad pueden encontrarse ambos tipos de complejos, en función de la constelación familiar peculiar del niño y, desde luego, en función de la estructuración social misma. Para más detalles a este respecto, puede consultarse nuestra obra «*Síntesis del pensamiento de Fromm*» (Nova Terra, Barcelona, 1974).

II-6.—Frente a las diversas heterodoxias sobre la teoría freudiana del Edipo, es preciso hacer ya mención del *retorno a Freud*, representado, sobre todo, por el *psicoanálisis estructuralista* de JACQUES LACAN.

J. LACAN (1901), psiquiatra y psicoanalista, y uno de los fundadores y dirigentes de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis, se reconoce a sí mismo como un escrupuloso purista del pensamiento freudiano. No obstante, hay que reconocer que esta fidelidad lacaniana a FREUD queda enmarcada y matizada, desde la categoría de lo simbólico, por el incontestable influjo de FERDINAND DE SAUSSURE (1857-1913) y de la antropología estructural de CLAUDE LEVI-STRAUSS (1908), discípulo, este último, de MARCEL MAUSS (1872-1950). Y es que, sin duda, lo mani-

fiestamente común entre el psicoanálisis de LACAN, la lingüística de SAUSSURE y los estudios etnográficos de LEVI-STRAUSS, es, evidentemente, el campo mismo de las significaciones y el valor trans-individual que se confiere a las cadenas simbólicas.

LACAN, en aras de esta fidelidad a la letra y al espíritu de SIGMUND FREUD, se opone radicalmente a los «excesos» del psicoanálisis culturalista, de HORNEY, FROMM y SULLIVAN, que, según él, desdibujan y diluyen la esencia misma de freudismo en la búsqueda de los patterns del comportamiento. Se opone, igualmente, a los partidarios de la «ego psychology», como HARTMANN, KRIS y LOEWENSTEIN, que, a través del énfasis en el análisis del Ego y con conceptos como el de la «esfera yoica libre de conflictos», tienden a asimilar el psicoanálisis a la psicología general. Se opone, asimismo, a J. MASSERMAN y, en consecuencia, a cualquier intento de aproximación hacia el behaviorismo. Y se opone, en fin, parcialmente, a las aportaciones de O. FENICHEL, K. ABRAHAM, S. FERENCZI, E. JONES y M. KLEIN, entre otros, que, según él, desde perspectivas distintas, transmiten la letra, pero no el espíritu, de la ingente obra freudiana, en una aversión inocultada hacia las funciones de la palabra y hacia el campo del lenguaje, en general. Así pues, *volver a Freud, a su letra y a su espíritu, es la tarea que se ha impuesto* J. LACAN, y que significa, en definitiva, retornar a un escrupuloso estudio de la función de la palabra y del significante, esto es, *buscar la instancia de la letra en el inconsciente*.

Para LACAN, influenciado por la idea del *inconsciente simbólico* de LEVI-STRAUSS y por la lingüística de SAUSSURE, el inconsciente no es, en sí, ni una realidad biológica tópica, ni una amalgama de impulsos primarios entrópicos. El inconsciente es, en otro nivel, la *dinámica misma de las cadenas significantes*, es decir, un *discurso*. Y como tal *discurso*, o comunicación cifrada, está estructurado entonces, y funciona, según las *leyes del orden lingüístico*. En este sentido, entre las estructuras del inconsciente y las figuras retóricas se da, según LACAN, una relación homomórfica. Así, la *proyección*, como «mecanismo de defensa» descrito por el psicoanálisis, resulta, para LACAN, equivalente a la *metástasis*, como figura estilística; del mismo modo que la *condensación* y el *desplazamiento* freudianos se corresponden, homológamente, con la *polisemia* de los elementos lingüísticos y con la *metonimia* retórica. Por otra parte, el mecanismo de la *represión* viene a ser un acercamiento simbólico a la *metáfora*, como sustitución de significantes facilitada por

una similitud de significación; en este caso, el significante sustituido queda *latente* o, si se prefiere, *reprimido*, pasando así a la categoría de significado. En último término, pues, la dinámica de las «formaciones del inconsciente» encuentra sus homologías en la dinámica de los *tropos*, y podría hablarse así de una verdadera *sintaxis del inconsciente*.

Para J. LACAN, el algoritmo de SAUSSURE (S/s), es decir, *significante/significado* o, si se prefiere, *expresión/contenido*, viene a representar el *tabicamiento* de dos órdenes distintos por una barrera que se *resiste*, o que *reprime*, al significado. Es decir, que el (s) se desliza por debajo del (S), en una significación no siempre unívoca, y, en consecuencia, la palabra no siempre designa la cosa, en función de los cambiantes contextos. En este sentido, el mismo (S) puede articularse a una cadena de variaciones diferenciales del (s), que permanece oculta e inarticulable. Por otra parte, en la cadena de los (S) el sentido insiste, pero ninguno de los (S) consiste en la significación.

El mecanismo de la *metáfora*, como *transporte lingüístico* o, más sencillamente, como figura retórica resultante de tomar una palabra por otra, esto es, un (S) por otro (S), simboliza, desde la perspectiva lacaniana, la dinámica misma de la *represión*, ya que el (S) sustituido queda como latente, por debajo de la superficie significante, cayendo así dentro de la categoría de (s). La *metonimia*, o *sinécdoque*, como sustitución de significantes favorecida por una contigüidad de significación, —que corresponde al mecanismo psicoanalítico del *desplazamiento*—, no une los términos en función de una similitud sobreentendida, como ocurre en la *metáfora*, sino en virtud de una conexión englobante de una (S) a otro (S), a través de connotaciones ideológicas. En este sentido, la diferencia entre ambas figuras, y entre ambos mecanismos, estriba, para LACAN, en que en la *metáfora* el surgimiento de la significación es asociativamente inmediato, en tanto que en la *metonimia* la barra entre (S) metonímico y (s) se resiste, y el sinsentido aparente ha de ser resuelto mediante una conexión intelectual entre los dos (S) en juego. De esta manera, si la *metáfora* conduce a un exceso de significado, la *metonimia*, con la *persistencia de la barra*, conduce, o es, por el contrario, carencia de significado.

Volviendo al ejemplo de la *metáfora*, que se inserta como un transporte de significantes, esto es, de (S) a (S°), en el que el nuevo significante (S°) se emplea como significante del significante primero (S), al mismo tiempo que (S) pasa a la categoría de significado, podría obte-

nerse, imitando a LAPLANCHE y a LECLAIRE, una fórmula como la siguiente:

$$\frac{S^{\circ}}{S} \times \frac{S}{s} \rightarrow \frac{S^{\circ}/s}{S/S}$$

Fórmula que indudablemente también podría expresarse como:

$$\frac{S^{\circ}}{S} \times \frac{S}{s} \rightarrow \frac{S^{\circ}}{s}$$

Todo ello significa evidentemente, desde el punto de vista lacaniano, que *en el sistema preconscious-consciente existen significantes y significados*, en tanto que *en el sistema inconsciente, y en el lenguaje inconsciente, no hay distinción alguna entre significado y significante*. Es decir que, *por debajo de la barra de la remoción, únicamente existen imágenes, en función, a la vez, de significante y significado*. Dicho de otro modo, para J. LACAN, *la cadena inconsciente es una cadena de imágenes significantes, abierta a todos los sentidos*, y relativa a las *fantasías* y a los *complejos* del individuo. Es, en definitiva, como piensa CLAUDIA MELLI, un *anudamiento del tejido simbólico constitutivo del sujeto*, cuya *palabra* debe liberar el analista, a través de las *ligas asociativas*.

Así pues, en conjunto, *el inconsciente está estructurado*, para LACAN, *exactamente igual que un lenguaje* y responde, en último término, a una clave lingüística, que es preciso descifrar o, si se prefiere, descodificar. Pero además afirma LACAN, en sus ya clásicos *Ecrits*, que *el inconsciente es, en esencia, el discurso del Otro*. Así, en sentido lacaniano, el discurso del sujeto está constituido por el discurso del Otro, y, en consecuencia, el inconsciente viene a resultar entonces la parte del discurso concreto, en cuanto trans-individual, «que le falta a la disposición del sujeto para restablecer la continuidad de su discurso consciente». Es preciso señalar, en este momento, que *ese Otro, señalado insistentemente por LACAN, no es sino el nivel mismo del orden simbólico*, es decir, del orden del lenguaje, en tanto constituyente de la cultura trans-individual y del inconsciente del individuo, en tanto creador de las condiciones de posibilidad de la palabra. Ese Otro lacaniano no es, en definitiva, otras cosas que el lugar semántico del interlocutor trascendental de la relación discursiva. Por consiguiente, el lugar del otro es realmente el «tesoro del significante»





En una palabra, que cuando LACAN afirma que el inconsciente es el discurso del Otro, y que el deseo del hombre es el deseo del Otro, está explicitando que es justamente la *falta-de-ser*; es decir, la *necesidad*, y la *presión pulsional* resultante que invade al niño, la que despliega el *deseo*, a través de la *demanda*, en la *palabra*. Y la *palabra* efectúa finalmente su despliegue, más allá del otro real y concreto, en el Otro. Así, existe un *recurso* o una *llamada constituyente al Otro*. Y este Otro, globalmente considerado, no es una integral de interlocutores, sino el *orden simbólico* mismo. En este sentido, el Otro, que dice LACAN, es un *ello habla*, en el que cada persona, desde su origen y desde su apelativa *falta-de-ser*, se encuentra atrapada, y a partir del cual puede desgajar su propia palabra, desde la tupida maraña de los símbolos sociales y de las relaciones de parentesco, que, antes de que el individuo venga al mundo, prefiguran y preconstituyen, envuelven y determinan, el diacrónico despliegue de su ser-hombre.

Desde este punto de vista, y constatando la evidencia de que esa llamada al Otro se encarna primero revertidamente en un lenguaje corporal que graba los mensajes maternos, puede entenderse, desde LACAN, la íntima correspondencia entre sexualidad y lenguaje. Así, las fases freudianas de la evolución psicosexual no deben entenderse, reductivamente, como una ciclomorfosis biológica de la maduración zonal —oral, anal, uretral, fálica—, sino como etapas diversas, y progresivas, de un proceso creciente de simbolización, en el que el cuerpo funciona como (S). Y esta cuestión nos introduce ya, de lleno, en la hermenéutica lacaniana del complejo de Edipo; hermenéutica escrupulosamente fiel al *espíritu* y a la *letra* del mensaje freudiano, según piensa, y manifiesta abiertamente, el propio JACQUES LACAN.

Para LACAN, como es sabido, el *estadio del espejo*, que evoluciona entre los seis y los dieciocho primeros meses de la vida, cristaliza en el niño el *orden imaginario*, a través de la *jubilosa asunción de su imagen especular*, y de la del otro —distinta, pero similar a la suya—. La asunción progresiva de esta imagen, como *anticipación de la posesión de su unidad corporal*, es para LACAN, como para PREYE y para WALLON, la clave misma de la identificación afectiva del individuo, desde un nivel imaginario, esto es, desprovisto todavía de una individualidad bien diferenciada y de un orden lingüístico propiamente dicho.

Anteriormente a la *fase del espejo*, el niño mantiene una relación estrictamente *dual* con la madre, desde una simbiosis afectiva, en la

que no existe experiencia alguna de individualidad. Tal *relación dual* participa también de lo *imaginario*, desde los *complejos de destete* y de *intrusión*, y a partir de la dinámica de las representaciones inconscientes de la madre en la fantasía infantil, esto es, a partir de la dinámica misma de las *imago*s maternas. En este sentido, el *estadio pre-especular* se rige por el interjuego de *complejos e imago*s, que, desde el inconsciente, estructuran los comportamientos y las actitudes en el contexto familiar, en función además de las mismas pulsiones de la pareja parental. El *estadio del espejo* proporciona ya, a lo largo de su progresión evolutiva, una *imagen estructurante* y permite el esbozo creciente de un  $Yo(Moi)$ , marcado, no obstante, aún, por un *carácter imaginario*, fascinante y narcísicamente ideal. Por otra parte, el *estadio del espejo* va a permitir también el acceso ulterior al *orden simbólico*, en tanto que se introduce ya una cierta distancia objetivadora y la «mediación» de un «otro» que capta su imagen corporal y que, en cierta medida, la constituye como una y diferente. Este «otro», captador de la imagen exterior, contribuye, en cierto sentido también, a la *alienación* del niño, al arrancarlo de la hermética intimidad que pre-especularmente poseía.

Frente a la prevalencia del *orden imaginario*, el niño entra de lleno, a través del *complejo de Edipo*, en el *orden simbólico*, como campo operacional de la palabra y del lenguaje, de la ley y de la cultura. De este modo, se ordenan definitivamente, según LACAN, lo *real*, lo *imaginario* y lo *simbólico*, con la prevalencia objetivadora del orden propiamente humano, que es, para LACAN, formalmente idéntico al orden lingüístico, y que fundamenta y reestructura tanto lo *real* como lo *imaginario*.

Para JACQUES LACAN, la inmersión del niño en la situación edípica supone el paso de una relación estrictamente *dual a una* relación propiamente *ternaria* o, si se prefiere, *triádica*, en la que se explicita ya perfectamente una configuración familiar de tres papeles bien diferenciados: *padre, madre, niño*. Y en este triángulo edípico el niño alcanza, según LACAN, su individualidad propia, mediante la *asunción de su lugar, de su rol y de su destino*. En este sentido, es justamente el padre, según LACAN, el que permite al niño, a través de la *relación triádica*, acceder a lo *simbólico* y alcanzar así el estatuto de sujeto, esto es, de un  $Yo(Je)$ , cuyo primer esbozo embrionario se había organizado en la *dimensión imaginaria de la fase especular*. No obstante, es preciso reconocer, desde la perspectiva lacaniana, que la situación edípica no



consiste únicamente en una relación estrictamente *ternaria* o *triádica*, sino que se introduce siempre un *cuarto término referencial simbólico*, es decir, un (S), que es el que organiza y estructura precisamente los personajes, los papeles y sus posiciones relativas. Tal cuarto término es, para LACAN, el *FALO*, como atributo genuinamente paterno, como símbolo de la Ley y de la Cultura, como (S) primero de toda la malla de los (S) conscientes e inconscientes, como (S) privilegiado de «esa marca en que la parte del logos se enlaza con el advenimiento del deseo» (LACAN); en una palabra, como objeto y significante mismo del deseo.

El afirmar, desde el peculiar punto de vista de LACAN, que el *FALO* es el (S) mismo del deseo, supone reconocer, una vez más, que el deseo se instala sobre una radical *falta-de-ser*, esto es, sobre una *necesidad* o sobre una *carencia*. En este sentido, la carencia específica de la madre es justamente la *carencia de FALO*, y, en consecuencia, el niño, en la absoluta relación de dependencia que mantiene con ella, y a fin de perpetuar su amor y de colmar su necesidad, trata de someterse al deseo materno, identificándose así con el *FALO*, del que la madre carece y que el padre puede ofrecerle o negarle. Sin embargo, esta pretendida identificación fálica, este *querer ser el FALO*, que apunta a lo quimérico, se estrella inevitablemente con la *Ley del Padre*, que, como infranqueable barrera, establece inexorablemente los límites y las prohibiciones del Orden y de la Cultura, y, por consiguiente, la *prohibición misma del incesto* (LEVI-STRAUSS). Finalmente, la constatación de la diferencia de los sexos y el encuentro con la *Ley del Padre*, que articula el *temor de castración*, impulsa al niño hacia la definitiva identificación con el padre, como poseedor del *FALO*, y liquida así el conflicto de Edipo, cristalizando para siempre la prevalencia del Orden Humano-Social.

Examinando la secuencia evolutiva descrita por LACAN, se encuentra, en primer lugar, que el *FALO* no se reduce al órgano genital masculino, que sería más bien, en sentido estrictamente anatómico, el pene. El *FALO* es, en otro plano, el (S) primero del deseo, clave lingüística de toda la retórica del inconsciente. En este sentido, en un primer momento, el niño, identificado con el deseo de la madre, y queriendo llenar su carencia, se convierte en deseo del deseo materno. Dicho de otra forma, intenta, en un orden aun imaginario, *ser el FALO*. En un segundo momento evolutivo, se produce la intervención del padre, que

detenta la Ley e impone y marca los límites, las prohibiciones y las cortapisas. Por otra parte, la experiencia vivencial misma de las frustrantes ausencias maternas encuentra, en la mente infantil, su más realística explicación, a través de la significativa presencia y del operante resalte de la figura paterna, que, como poseedora y portadora del *FALO*, puede cumplir plenamente el deseo de la madre, colmando su carencia. Así, podría hablarse de una turbulenta *crisis de lo imaginario*, cuyo desenlace cristaliza en la aptitud del niño para *nombrar al Padre*, como causante del desgajamiento materno, y en la integración misma de su Ley, estructurante y organizadora. Accede, de esta forma, el niño al *Nombre-del-Padre* y, con él, al mundo objetivador del lenguaje, de la cultura y del orden humano-social.

En términos lacanianos, el *Nombre-del-Padre* juega entonces el papel de un nuevo (S) que desplaza al (S) anterior, y que sepulta en el inconsciente el deseo incestuoso de la madre y el significado mismo del *FALO*. Diríamos, pues, que *el acceso al Nombre-del-Padre* y, por ende, al orden simbólico, *desempeña el papel de una metáfora*. Esto es, al nombrar el niño al Padre, nombra a un *sustituto metafórico del objeto de su deseo*; y el objeto de su deseo, el *FALO*, subyacerá en el inconsciente como (S) primero que articula toda la cadena de los sucesivos (S). Es decir, que, para LACAN, *la metáfora reprimente es constitutiva del discurso del inconsciente*.

Llegados a este punto, es preciso aclarar que el *Nombre-del-Padre*, como *significante metafórico*, hace referencia a un *padre simbólico*. En este sentido, se mueve en otro plano que el real, ya que la misma esencia de su introducción pasa por la palabra de la madre, en su discurso al niño. Se trata pues, para LACAN, de un *orden simbólico*, de estructura universal, independiente del papel concreto que pueda jugar el padre biológico real, o de la declinación de éste en favor del tío materno, como en los trobriandeses (MALINOWSKI), o en favor de la imagen colectiva de los antepasados, como en la sociedad dakaresa (ORTIGUES). Igualmente, la unidad estructural permanece también invariable aunque el rol materno se desplace de la madre biológica a otras figuras sustitutivas. En último término, desde el punto de vista laciano, *el Edipo es universal* porque no expresa otra cosa que el *interjuego dialéctico del niño entre figuras sexuadas, a través de un cuarto término simbólico, significante de la Sociedad, de la Ley, de la Autoridad y de la Cultura*. No obstante, lo que sí se encuentra en LACAN, y conviene



resaltarlo, es una tajante dualidad entre naturaleza y cultura, concretada y simbolizada, respectivamente, en el sexo femenino y en el masculino, esto es, en las figuras materna y paterna o bien maternizantes y paternizantes.

Con respecto al tema de la *castración*, hay que aclarar también que se trata, para LACAN, de un fenómeno igualmente *simbólico*, que alude a la intervención del *Padre* significando al niño que no es el *FALO*, separándolo de la relación dual-imaginaria con la madre, y haciéndole diferir también, desde el principio de realidad y desde la ley de la Cultura y de la Civilización, la realización inmediata de sus deseos. Así, acceder a la *metáfora paterna* significa asumir la *castración simbólica*, como condición necesaria para adquirir la verdadera subjetividad (*Je*) en un orden humano-social.

Finalmente, en relación con el *Edipo femenino*, la dinámica permanece para LACAN invariable, a través de una analogía estructural. En este sentido, la niña está marcada por su carencia-deseo-vidia de *FALO*, que es, en último término, el motor de su adhesión libidinal al padre, y, por ende también, el motor de la apertura del campo de su deseo; campo desiderativo al que, por otra parte, entrarán más tarde múltiples objetos sustitutivos, entre los que se encuentra esencialmente el *niño-por-venir*, en un *desplazamiento falo-niño*. No obstante, desde la primitiva relación dual con la madre, y desde su radical carencia, la niña accede con el Edipo al *orden simbólico*, y habrá de aceptar y asumir su *falta-de-ser*, sometiéndose también a la Ley del orden humano y, por consiguiente, a la *universal prohibición del incesto*, aprendiendo además a aceptar su desnivel con respecto a la madre en el triángulo edipiano. En cualquier caso, el desplazamiento metafórico del *FALO* al *Nombre-del-Padre*, como representante de lo simbólico, de la Ley y de la Cultura, permite el acceso definitivo a la subjetividad sexuada, hace descender hasta el inconsciente el deseo incestuoso y sitúa definitivamente el papel de la niña en la tríada familiar y en la realidad humano-social.

En resumen ya, para J. LACAN la existencia humana se mueve en un esquema tridimensional, constituido por lo *real*, lo *imaginario* y lo *simbólico*. El registro imaginario corresponde, como hemos visto, a un momento pre-edípico, en tanto que el registro simbólico es propio de la situación edípica. Y, en último extremo, la Ley del orden simbólico, es decir, del orden humano mismo, gobierna, marca, organiza y estruc-

tura, en una mediación objetivadora, las tres dimensiones de la existencia. En este sentido, según LACAN, el *neurótico* ha accedido al orden simbólico, pero ha perdido el sentido de las cadenas significantes, que afloran incesantemente bajo la cobertura o el disfraz del síntoma. Así, lo específico del neurótico es la *represión*, entendida ésta como un proceso de ocultación inconsciente de significantes, desde una retórica de continuas metáforas y metonimias, que el psicoanalista habrá de descodificar, o de revelar, a partir de las cadenas asociativas. Por el contrario, lo propio del *psicótico* es, para LACAN, la *forclusión o preclusión*, como borramiento, anulación o exclusión para siempre de un suceso de la cadena significativa. La *forclusión*, y por ende la *psicosis*, significan la imposibilidad misma del acceso a lo simbólico y, por consiguiente también, la imposibilidad misma de liberarse del lastre de lo imaginario. En este sentido, el psicótico no ha accedido al *Nombre-del-Padre* y no puede alcanzar, en consecuencia, su individualidad propia, desde la triádica configuración familiar.



### III

#### INTERPRETANDO A FREUD

Habiendo examinado la concepción ortodoxa, freudiana, y habiendo igualmente recorrido, en sus perfiles fundamentales, el enrevesado camino que conduce, circularmente, de las heterodoxias más representativas hasta el retorno lacaniano a FREUD, conviene ahora, a nuestro entender, tratar de poner un poco de orden en toda esta tupida maraña de ideas y de perspectivas, a veces inextricables, a fin de encontrar, aprehender y deshacer, si es posible, el nudo gordiano que oculta, entre sus intrincados hilos, el último y radical significado del Edipo. En este sentido, es absolutamente necesario volver una vez más, como punto de mira significativo, a las formulaciones de FREUD, despojándolas, no obstante, del velo de lo accesorio y de lo circunstancial, para reprofundizar, en cambio, sobre lo primigenio y lo esencial de su pensamiento.

III-1.—Según hemos visto anteriormente, la prehistoria del Edipo revela, para FREUD, la existencia de un *profundo vínculo con la madre*, tanto en el niño como en la niña. Y que tal *vínculo* va manifestándose y tiñéndose, en una ordenada sucesión cronológico-evolutiva, por «impulsos orales», «anales», y finalmente «fálicos». Es decir, que FREUD reconoce, y señala con énfasis, una primera fase de «dependencia infantil» con respecto a la madre, en la que se expresan y cristalizan las primeras cargas libidinales de objeto. Indudablemente, se trata de un hecho incontrovertible y obligado en el desarrollo humano, que se enraíza profundamente en la «prematuridad» y en el subsecuente «desvalimiento bio-psicológico» del hombre al nacer. Así, la «simbiosis con



la madre», la «diada», que dice R. SPITZ o, si se prefiere, la «urdimbre primaria», en el sentido de J. ROF CARBALLO, que apuntan a la misma idea freudiana, constituyen la pre-condición básica para que el individuo pueda alcanzar un óptimo grado de maduración neuro-bio-psicológica, como substrato primordial para el ulterior, y progresivo, despliegue de su individualidad, en el proceso —auto y aloplástico— de adaptación al medio circundante. Y ha sido cumplidamente demostrado que la distorsión o la quiebra temprena de tal «diada», «simbiosis» o «urdimbre» que configura el niño con la madre, es capaz de provocar en éste multitud de trastornos, desde alteraciones del desarrollo neuro-motor y del lenguaje hasta retrasos intelectuales y desequilibrios afectivos, pasando por la más variada gama de disturbios psico-somáticos. En último término, parece que la predisposición misma a los «borderline» y a las psicosis, —particularmente, a la esquizofrenia—, enraíza también, por encima —o por debajo— de los indudables factores heredo-genéticos y bioquímicos, en unas pautas anormales de interrelación dentro del primigenio contexto de la etapa de dependencia materna. Es evidente, pues, que la comunicación inicial madre-hijo, que ya señaló FREUD, y el clima afectivo originador y, a la vez, resultante de los intercambios dialécticos en el seno de la pareja simbiótica, resulta indispensable para que el niño obtenga un equilibrado desarrollo bio-psicológico, y pueda así convertirse, a lo largo de una progresión madurativo-evolutiva, en un ser inteligente y sociable, capaz de una «realización productiva» (FROMM) de sí mismo.

Así pues, al descubrir FREUD, en la pre-historia del Edipo y, por ende, en la pre-historia del individuo, la existencia de un profundo vínculo libidinal con la madre, constatando, sin duda, un punto de partida obligado en el desarrollo humano, que acuña, modela, conforma o «troquela» definitivamente la originaria matriz psico-somática del ser-hombre, facilitando o inhibiendo el amplio abanico prospectivo de sus posibilidades de formalización. En definitiva, la *precoz carga de objeto sobre la madre*, verificada por el niño desde su radical falta-de-ser o indigencia, está implicando ya una interacción mutua dentro de la «diada», es decir, una «relación transaccional» (ROF CARBALLO), que produce un incesante impacto «troquelador» sobre el infante. Dicho de otra manera, dentro de la «consustancialidad» que forman la madre y el niño, —en el sentido de Ch. BÜHLER—, la relación de objeto resulta

*estructurante* o, si se prefiere, *organizadora*, para emplear un término muy querido por R. SPITZ.

Llegados a este punto, y subrayada la precoz vinculación libidinal con la madre, es preciso señalar, una vez más, que el concepto freudiano de sexualidad, —y el de «libido», como energía sexual—, sobrepasa, con mucho, el nivel de lo estrictamente genital. Así, la sexualidad incluye, para FREUD, no solamente el placer conectado a la actividad genital propiamente dicha, sino, además, toda una serie de actividades, de excitaciones y de satisfacciones, —existentes ya desde los estadios iniciales del desarrollo—, capaces de producir modalidades diversas de «placer corporal» auto-erótico, no-genital. En el curso de la maduración, tal «placer de órgano» se incorpora y se integra en la función sexual genital, generativa, hetero-erótica y placentera. En este sentido, diríamos, en la línea freudiana de pensamiento, que la libido es esencialmente, desde el principio, buscadora de placer; y que tal placer se genitaliza luego, con la activación psico-biológica de la zona erógena correspondiente. Por otra parte, hay que señalar también que, en último extremo, el concepto freudiano de sexualidad llega a amplificarse más tarde hasta los mismos confines del EROS, significando, en consecuencia, para el FREUD maduro, todo aquello que tiende a crear, a unir, a complejificar y, en definitiva, a vivificar.

Desde este punto de vista, es evidente que la conexión libidinal pre-edípica —del niño y de la niña— a la madre, hay que entenderla, desde la misma coherencia interna del discurso freudiano, como una *conexión afectivo-emotiva, buscadora de experiencias satisfactorias*. En otro sentido, creemos también que la «oralidad», la «analidad» y la «falicidad», que van sucesivamente matizando y tiñendo este *vínculo materno*, es preciso comprenderlas, en un contexto más lacaniano, como el resultado de una progresiva simbolización, en la que el cuerpo adquiere la función de un significante (S), cuyo significado (s) se sitúa más allá de lo real-concreto-biológico, es decir, en un nivel simbólico, o significativo, de intercambios emocionales. En este plano, pensamos que no deja de tener razón el discutido psicoanalista británico W. RONALD FAIRBAIRN, cuando afirma que las diversas zonas son «canales» por los que fluye la libido, como «mediadores» para la relación objetal, o, si se prefiere, como «mediadores» para la conexión inter-humana.



III-2.—Paralelamente a la carga de objeto sobre la madre, y a su progresivo tinte «oral-pasivo», «sádico-oral», y luego «sádico-anal», FREUD descubre, en la prehistoria masculina del Edipo, una *identificación primaria* con el padre o figura paternizante. Es preciso aclarar que «identificación» significa, en lenguaje psicoanalítico, un mecanismo desiderativo en virtud del cual un sujeto toma como modelo a otro e intenta adoptar sus características más peculiares; se da, por consiguiente, un cierto «contagio mental» o, si se prefiere, una «imitación», que funciona en un nivel dinámico esencialmente inconsciente. Así pues, según FREUD, el niño tiende inconscientemente a ser como el padre e incluso a reemplazarlo. A ello habría que añadir evidentemente, además, la operante y eficaz dinámica de una «imitación consciente», que se fundiría o se integraría con los componentes más profundos. Diríamos entonces que se produce, en esta etapa, una «identificación evolutiva», en el sentido de O. H. MOWRER, que resulta modélica y, por ende, estructurante para la personalidad infantil, y que, según FREUD, no es, por otra parte, consecuencia de ninguna carga objetal.

Indudablemente, es preciso distinguir esta identificación modélica con el padre, de la «identificación primaria» con la figura materna, como forma más primitiva de enlace afectivo del niño con la madre, antes de la diferenciación entre el «yo» y el «no-yo». En este sentido, en la primera etapa de la «fase oral», resulta imposible establecer una distinción entre la «catexis de objeto» y la «identificación», ya que el fin libidinal oral propiamente dicho es la «incorporación» o la «asimilación» del objeto. Por otra parte, esta actitud «canibalesca» frente a la realidad objetal continúa durante todo el primer año de la vida, esto es, durante toda la «fase oral», en un constante interjuego de incasantes identificaciones «introyectivas» y «proyectivas»; interjuego que fue perfectamente elucidado y descrito por MELANIE KLEIN. En el mismo sentido, J. LACAN habla también de una «identificación primaria» con la madre, en el «estadio del espejo» y en la tercera etapa de este estadio, como de un proceso aún presidido por la prevalencia de lo «imaginario» y, por consiguiente, desprovisto todavía de la operancia de una individualidad verdaderamente diferenciada.

Desde este punto de vista, la aparición del padre dentro del campo fenoménico del niño, como objeto plenamente diferenciado, susceptible de una identificación modélica, habría que situarla más tardíamente, justo en el momento en que el infante, por encima de un mundo frag-

mentario teñido por la fantasía, es capaz de percibir «objetos totales», esto es, cuando puede reconocer a las figuras del entorno como personas individuales y separadas, que mantienen conexiones bien diferenciadas con él, con los «otros» y entre sí. Como es sabido, para M. KLEIN la «posición depresiva» es exactamente el estadio del desarrollo en que el niño reconoce a los padres como «objetos totales», no obstante el incesante flujo proyectivo de la fantasía inconsciente, que distorsiona catatímicamente todas sus percepciones. Para R. SPITZ, en cambio, de los dos a los siete meses, se constituye únicamente una gestalt exterior privilegiada, un «objeto precursor», un vago «alguien», frente al cual el niño, dentro de un contexto afectivo, emite respuestas y reacciones significativas; por consiguiente, según este autor, no es hasta alrededor del octavo mes cuando el niño puede verdaderamente identificar los objetos en su totalidad, perceptiva y afectivamente. Pero indudablemente este mundo que ahora se abre, a través de la dialéctica con el «segundo organizador» u «objeto libidinal» —en el sentido de SPITZ—, es aún un mundo huero y sin personalizar, sujeto todavía al subjetivismo y a la simbiosis afectiva con la madre. Por ello, diríamos que la captación del padre como figura modélica, ideal y arquetípica, en la identificación primaria que dice FREUD, habría que situarla más tardíamente, justamente cuando el niño puede constituir un primer encuentro consigo mismo y con la imagen objetivadora del otro, mediante la perfecta asimilación de la imagen especular de sí y del otro, como verdadera clave para la identificación afectiva. Situaríamos entonces este momento evolutivo entre el final del primer año y la segunda mitad del segundo, aproximadamente entre los diez y los veinte meses, o, si se prefiere, en términos más freudianos, entre el final del estadio «sádico-oral» y la creciente organización de la fase «sádico-anal». Más exactamente, en la misma terminología de S. FREUD, diríamos que la etapa «sádico-anal» es la que registra verdaderamente el comienzo más significativo de la identificación modélica, conformadora para el Ego. Desde el punto de vista de LACAN, la tercera etapa del «estadio del espejo», en la que se da la identificación del niño con su propia imagen, marca asimismo la intervención del padre y, por ende, según LACAN, el primer tiempo del Edipo. En adelante, con la progresiva verbalización de la existencia y la apertura a la función simbólica, con la estructuración incesante de las grandes funciones gnósicas y práxicas y con el sometimiento progresivo a la disciplina para el control corporal esfin-



teriano, —que permiten una mayor penetración del niño en la realidad y de la realidad en el niño—, la identificación primaria con el padre, en el sentido de SIGMUND FREUD, irá incrementándose hasta penetrar en la crisis edipiana, que confiere al Yo y a la identificación su primacía.

En el caso de la niña, conviene señalar que, simultáneamente a la precoz y ambivalente carga de objeto pre-edípica sobre la madre, la observación freudiana constata también la existencia de una progresiva identificación con la figura materna, o maternizante, que va desde los primitivos procesos de «identificación-incorporación-canibalismo oral» hasta una configuración modélica de la personalidad de la niña inspirada en la paradigmática figura de la madre. Así, se iría dando, en el tiempo, una «identificación evolutiva», en el sentido de MOWRER, con la madre; identificación que ha sido confirmada por numerosos estudios post-freudianos, como, por ejemplo, ENGLAND y BLUM, con los Blacky Pictures.

Es decir, que el descubrimiento freudiano de la «relación de objeto» y de la «relación de identificación» pre-edípales parece un hecho ampliamente admitido y demostrado. Evidentemente, SIGMUND FREUD no describe, como R. SPITZ, M. KLEIN o W. R. FAIRBAIRN, la secuencia evolutiva de las relaciones objetales en términos endopsíquicos —en el curso del esencial primer año de la vida—, pero sí señala la importancia modeladora del nexo con la madre, y la ambivalencia ostentada frente a ella, como figura nutricia y protectora pero también como figura potencialmente nihilificadora y desde luego absorbente y limitante de la expansión de la individualidad. Igualmente, señala y enfatiza FREUD el decisivo impacto estructurante de la identificación, y asimismo sus aspectos también ambivalentes, en relación, sobre todo, con las frustraciones —reales y fantaseadas— y con la coerción adaptativa misma de los impulsos.

III.-3.—Llegados a este punto, conviene ya retomar la situación edipiana, descrita por FREUD, fijándonos, sobre todo, en su aserto de que la investigación psicoanalítica profunda revela, como más frecuente, el *complejo doble*, esto es, *normal e invertido* a la vez, con un entrelazamiento dinámico de cuatro tendencias integrantes, es decir, de dos «relaciones de identificación» y de dos «elecciones de objeto», configuradas en una ambivalencia frente a las dos figuras parentales.

En este sentido, hay que señalar que la «elección fálica de objeto» es, para FREUD, esencialmente distinta a las cargas objetales pre-genitales, en el sentido de que implica un claro viraje de la «libido del Ego» a la «libido objetual», es decir, en el sentido de que implica un paso de la inversión libidinal narcísica del Yo, a la inversión de las catexis yoicas sobre los objetos externos. Por otra parte, la «elección fálica de objeto» está matizada también por una conducta de «intrusión», en el sentido de E. H. Erikson, que se tiñe por la falicidad dominante. Así, las relaciones objetales fálicas constituyen, en cierto sentido, una pre-figuración de la elección madura de objeto, pero todavía dentro del contexto de una diferenciación nebulosa y difusa de la masculinidad o de la femineidad; diferenciación que quedará más afirmada luego, en una u otra dirección, con la liquidación del Edipo y el subsiguiente establecimiento en el Yo del poso estructural de las entrelazadas identificaciones parentales. En otro sentido, hay que señalar también que la «etapa fálica» de la ciclomorfosis supone, para FREUD, la primacía del Yo y de la identificación, pero que tal identificación participa, en uno u otro grado, de componentes maternos y paternos, prevaleciendo, no obstante, sobre todo al final del Edipo, el componente que procede del progenitor del mismo sexo. Como puede verse, se trata aquí de una identificación que participa estructuralmente de una *dimensión modélica* y evolutiva, independiente de toda carga libidinosa, e igualmente de una *dimensión «regresiva»*, en el sentido de que sustituye los enlaces libidinales con el objeto a través de la introyección de éste en el Yo. Podríamos añadir, sin duda también, un cierto kuantum de «*identificación con el agresor*», en el sentido de A. FREUD, como resultado del matiz hostil de la «rivalidad» edípica.

Al retomar la situación edipiana, descrita por FREUD, conviene además recoger una frase del propio FREUD, frecuentemente ignorada por otra parte, en la que afirma textualmente que «*es posible extender el contenido del complejo de Edipo hasta incluir en él todas las relaciones del niño con ambos padres*» (S. FREUD, 1931; o. c., t. 111, p. 3078).

Por otra parte, hay que tener en cuenta que la «etapa fálica» del desarrollo psico-sexual, entre los tres y los cinco o los seis años, —etapa en la que, según FREUD, se desarrolla el Edipo—, está inevitablemente marcada por un matiz personalístico egocéntrico, en una incesante búsqueda, por parte del niño, de la iniciativa y de la «intrusión», de la afirmación seductora de sí mismo, de la defensa y de la reivindicación



frente al mundo de los adultos. En otras palabras, que la «etapa fálica» está marcada por una verdadera «crisis de identidad», que origina, sin duda, conflictos y temores, ansiedades e incertidumbre. Y es justamente entonces cuando, posibilitado por un desarrollo intelectual más profundo, —en el que la función de simbolización y la creciente interiorización de los esquemas de acción y de representación, en el sentido de J. PIAGET, juegan ya un papel prevalente—, el niño empieza a constituirse definitivamente a sí mismo como «persona», en un caleidoscópico juego de identificaciones y de imitaciones, de oposiciones y de adhesiones afectivas a las sexuadas figuras del entorno parental. Diríamos, entonces, que la «etapa fálica», en el sentido de FREUD, o el «estadio locomotor-genital-primario», en el sentido de E. H. ERIKSON, o bien la «fase de primacía del Yo», en el sentido de Ch. BÜHLER, es exactamente el momento de la cicломorfosis humana en que el niño sale del mundo de lo «imaginario», para entrar de lleno, y para siempre, en el mundo de lo «simbólico», donde ha de alcanzar su individualidad propia, bajo la prevalencia del «principio de realidad» y, sin duda también, del Orden Humano-Social mismo.

Partiendo de todo este contexto, y de la misma ampliación verificada explícitamente por SIGMUND FREUD sobre el Edipo, parece que el complejo se nos ofrece entonces, por encima de todas las escotomizaciones y de todos los reductivismos, como la *culminación misma del drama de la identificación personal*; drama cuyo primer acto hay que situarlo evidentemente a partir del momento mismo del nacimiento, en un progresivo desgajamiento del oscuro sincretismo con la realidad parental. Pero esta identificación, que es una identificación a través del Otro, no puede establecerse más que desde una evolutiva aceptación del cuerpo sexuado en el contraste de la «heterogenia», es decir, en la confrontación vivencial dialéctica con las figuras parentales, como arquetipos de los dos sexos, y en una incesante interferencia, vacilante e insegura, de «elecciones objetales» y de «identificaciones» diversas, en el contexto de la angustia edípica. Por otra parte, esta aceptación del cuerpo sexuado, y de sí mismo, en el interjuego dialéctico con las figuras parentales sexuadas, se produce, sin duda también, como piensa LACAN, a través de la referencia inconsciente a un cuarto término simbólico, signifiante (S) del Orden y de la Cultura, y, por consiguiente, signifiante (S) también de la misma prohibición universal del incesto. Y, en otro nivel, esta identificación sexuada ha de teñirse forzosamente

también con los «fantasmas» interiores, procedentes de la mitológica atmósfera de la etapa de «dependencia simbiótica», con la real operancia de los mecanismos defensivos cristalizados en la pugna, o en la dinámica, contra dichos «fantasmas», «imágenes» u «objetos internos», en el sentido de M. KLEIN y de W. R. FAIRBAIRN.

A lo largo de todo este drama de la identificación personal, que culmina en la situación edípica, es preciso reconocer, sin duda alguna, el valor de influjo estructurante de la educación y de las actitudes parentales, —selectivas ya, en cierta forma, para cada sexo—, y que no son sino el reflejo dinámico de lo socialmente imperante y, aún en un transfondo simbólico-inconsciente, el reflejo del Orden Humano. En un sentido psico-biológico, cabría considerar también, a nuestro entender, que el profundo impacto diferenciador de los padres en general, y de cada progenitor en particular, pudiera contribuir dialécticamente a la activación de una proto-conducta masculina o femenina, incidiendo precozmente y en forma cibernético-retroactiva, con sus mensajes conductales y modélicos específicos, sobre los circuitos encefálicos y neuroendocrinos que controlan, con sus «factores liberatorios», el funcionamiento gonadótropo de la hipófisis. Queremos decir que los mensajes selectivos parentales, como auténticos «cebos» para la «identificación evolutiva», bien podrían actuar cibernéticamente, activando un «programa embrionario», masculino o femenino, que busca, en un tropismo prospectivo preconstituido, su cristalización definitiva. No aludiríamos con esta idea a un rígido reductivismo mecanicista y biologicista, sino que apuntaríamos al hecho —ya señalado por LORENZ, HESS, HARLOW, ROF CARBALLO y otros— de que la «experiencia temprana», el «imprinting», «Prägung» o «troquelado», contribuye a completar dialécticamente el inacabamiento programatorio de las estructuras genotípico-hereditarias del ser-hombre en maduración. De esta forma, podría ofrecerse, a nuestro entender, el último anclaje psico-biológico de la prevalente identificación del niño con el progenitor de su mismo sexo, vivenciado como paradigma de personalidad sexuada, en un nebuloso, precoz e inconsciente intento de encontrar la pre-figuración de su identidad. Claro es que, por su misma estructura dialéctica, este proceso cibernético queda abierto, susceptible de ser metamorfoseado y modelado, en una u otra dirección, por los influjos plásticos del ambiente, en una incesante «asimilación» y «acomodación» de mensajes codificados.



III-4.—Así pues, a nuestro entender, en la formulación freudiana del complejo de Edipo se ofrece, por encima del manido conflicto libidinoso-incestuoso, la *dinámica misma de la «identificación personal»*, a través de una *confrontación dialéctica con los modelos sexuales parentales*. En este sentido, el «feed-back» de la comunicación interpersonal en la triádica configuración familiar, es el substrato dinámico del Edipo y, por consiguiente, de la formación de la personalidad del niño, que se va constituyendo en un lento proceso diacrónico de «identificación» con la conducta y con la personalidad del «otro-sexuado-adulto». Y, en último término, en este proceso se concreta también la prefiguración de la socialización infantil, según patrones y normas dados en la estructura social, que se transmiten, implícita y simbólicamente, en los mensajes —preverbales, actitudinales y verbales— de las figuras parentales de identificación.

Desde este punto de vista, el énfasis en la situación incestuosa y celotípica del niño en el triángulo edipiano, nos parece ocioso, ya que, como piensa A. HESNARD, no es más que un momento de la dialéctica estructurante del comportamiento infantil, sujeto, por otra parte, a un evidente relativismo en su fenomenología y en su intensidad, en función de muy diversos factores, familiares y extra-familiares o sociales. Por otra parte, es preciso comprender que tal situación incestuosa y celotípica hay que asumirla, para un mejor entendimiento, en términos simbólicos, esto es, como significativo de un intento desiderativo, imitativo y substitutivo por parte del niño del rol y de la función del progenitor del mismo sexo en la relación afectiva que éste mantiene con su pareja parental. Lo que verdaderamente importa, y este es el auténtico descubrimiento de FREUD a nuestro modo de ver, es, sobre todo, el papel del influjo de los padres o de sus sustitutos estructurales o simbólicos, en la génesis y desarrollo de la personalidad del hijo. En este sentido, la *universalidad del Edipo* radica precisamente en la *unidad estructural de esta dialéctica «niño-padres sexuales»*, por encima de las posibles variedades de expresión formal de tal dialéctica. Igualmente, en un sentido más lacaniano, la universalidad del Edipo se instala y radica también en la *universalidad misma del «orden simbólico»*, en tanto constituyente del inconsciente del individuo, candidato evolutivo a una existencia individual-humana propiamente dicha, a través de la asimilación creciente de la Ley del Orden y de la Cultura.

Según estas consideraciones el complejo de Edipo, descrito por

FREUD, no revela más que la *esencialidad misma de la «identificación» y de la función del «otro» en el desarrollo de la personalidad*. En este sentido, puede afirmarse certeramente, retomando el epígrafe inicial de este trabajo, que el Edipo es, a la vez, *drama, complejo y destino*. *Drama*, en tanto implica un acontecer vivencial, una experiencia o un suceso humano, que se desenvuelve en un nivel psicológico de integración. *Complejo*, en el sentido de una constelación dinámico-estructural de sentimientos, de actitudes, de relaciones y de conductas, constituidas en las relaciones interpersonales parentales, que orientan, canalizan y determinan el desarrollo psicológico infantil, desde un nivel de operancia fundamentalmente inconsciente. Y, por fin, *destino*, en tanto la encrucijada edípica es camino obligado para acceder a la individualidad personal.

Como es bien sabido, según FREUD, con la superación de la crisis edipiana se origina en la personalidad el Super-Yo. Y que el Super-Yo no es solamente la «conciencia moral» sino también, además, el Ideal-del-Yo, entendido como «modelo», como «ideal» y, en último término, como proyecto interno de autoconstrucción personal, desde la asimilación del papel sexual. En este sentido, y teniendo en cuenta la interpretación del Edipo que acabamos de exponer, la afirmación freudiana de que en el fondo de todas las neurosis subyace siempre un complejo de Edipo insuperado, puede ser evidentemente comprendida en un nivel más antropológico. Así, si en las neurosis existe, como dice FREUD, un Edipo insuperado, cabe pensar que el neurótico, al no haber liquidado el conflicto edípico, está manteniendo un constante arco tensional entre el Yo y el Ideal-del-Yo, es decir, entre lo que es y lo que debería ser o lo que cree que debería ser. En una palabra, que, a nuestro entender, cuando FREUD afirma que el neurótico no ha superado su complejo de Edipo, está afirmando también, en consecuencia, que el neurótico no ha llegado a ser sí mismo, que no ha alcanzado su identidad personal y que, por ende, en la incesante y dramática búsqueda de sí mismo, es incapaz de establecer auténticos vínculos humanos, consigo mismo y con los demás. En definitiva, desde la misma exégesis de FREUD, se desprende, pues, que el Yo neurótico no ha resuelto los problemas de su identificación y que, en consecuencia, está en constante situación de conflicto interior, en pos de un sí-mismo que nunca consigue alcanzar, desde las continuas distorsiones paratáxicas de su existencia.



Ya para terminar, conviene retomar el antiguo, y casi mítico, drama de SOFOCLES, Edipo Rey, de donde FREUD tomó la nomenclatura para designar al complejo, y, en una interpretación puramente filológica, tratar de encontrar algunos elementos que pudieran, desde la misma coherencia interna de la tragedia, apoyar o bien rebatir nuestro punto de vista interpretativo. En este sentido, a nuestro modo de ver, el drama sofócleo plantea esencialmente el tema de la *anagnórisis* o del reconocimiento o, si se prefiere, de la *identificación*; tema, por otra parte, bastante común en la tragedia griega. Indudablemente, Edipo, a lo largo de todas las peripecias y avatares de su existencia, acaba finalmente por comprender quién es él verdaderamente, tras una penosa e inconsciente búsqueda de sí mismo. Así, según nuestro punto de vista, *Edipo Rey*, por encima o por debajo de todos los demás contenidos, que sin duda también existen, es esencialmente el *drama mismo de la identidad* del personaje central.

Esta intuición nuestra, obtenida tras una relectura de la tragedia de SOFOCLES, es compartida desde un nivel más filológico-científico por el Prof. A. Ortega, catedrático de filología clásica. El profesor ORTEGA nos ha afirmado personalmente que, desde su punto de vista, el problema central del *Edipo Rey* consiste en la árdua tarea, por parte de Edipo, de resolver la identificación consigo mismo. En este sentido, Edipo que ha resuelto, según el mito, el enigma de la Esfinge, es decir, el problema de los otros, es, por su parte, enigma de sí mismo. Por otra parte, según él, fijar las fronteras entre «ser» y «apariencia», entre «apariencia» y «verdad», para hallar la identificación propia, se convierte en la clave esencial del drama. La «apariencia» se convierte así, para ORTEGA, en problema estructurante. De este modo, como él dice, Creonte y Tiresias, el adivino, parecen, por ejemplo, sospechosos de conjuración. La «apariencia» del soborno parece suministrar enemigos a Edipo, alejándole dramáticamente de su verdad. Y es que Edipo es una «apariencia», que se siente amenazada, no por la verdad, sino por la creación aparente de lo que él cree ser. (cf. v. 137 ss.).

Para ORTEGA, dos preguntas genuinas imprimen interno movimiento al drama: ¿qué hay oculto ante mí, y que tengo, como deber, que resolver?, y, por otra parte, ¿qué soy yo y qué es mi propio ser? Y estas dos preguntas-clave producen en Edipo una pasional descarga de impre-

caciones y de maldiciones, que se hacen cada vez más amenazadoras a medida que se dirigen contra él mismo, sin saberlo. Así, las maldiciones y las imprecaciones son el símbolo de esta impaciente búsqueda de sí mismo. Y sin sospechar siquiera quién es él, se hace ya a sí mismo hijo de su padre. Y en el marco «demónico» de la «apariencia», su ser verdadero comienza ya a tomar cierta configuración. (v. 258 ss.).

En cuanto al debate con TIRESIAS, éste se transforma, según ORTEGA, en el primer momento de un «psicoanálisis de causas», a través de las metáforas de la luz y de la oscuridad, significantes de la verdad y de la apariencia. De este modo TIRESIAS, CREONTE, los emisarios, vienen a ser, según la interpretación orteguiana, como una especie de mojonos, que señalan progresivamente a EDIPO el encuentro con sí mismo. No obstante, el descubrimiento definitivo de sí se hace en el marco de la intimidad dialógica con su madre, YOCASTA, en el enfrentamiento dialógico de dos almas que se abren sinceramente la una a la otra.

Llegados a este punto, ORTEGA nos manifiesta que EDIPO y YOCASTA aparecen, no obstante, en este encuentro, visiblemente entrelazados en el mismo destino. Como él dice, la unidad oculta de ambos es todavía más fuerte que la aparente; ambos luchan frente a la misma «apariencia», que los une y los separa al mismo tiempo. Y, finalmente, todo cuanto EDIPO creyó que era su verdad es, en realidad, «apariencia». En último término, la verdad dramáticamente descubierta le arranca con violencia del mundo de la «apariencia», de sus hijos, de su ciudad, de su pueblo. Y, en este mismo sentido, el final trágico, esto es, la ceguera de EDIPO, no es, en sí mismo, la manifestación de un castigo o de una expiación, sino el tema mismo de la «apariencia» y del «ser», como antítesis existencial a la que el ser humano se encuentra natural, e irremediablemente, ligado, y en cuya resolución fracasa con tanta frecuencia.

Resumiendo, parece, pues, que la misma interpretación filológica del drama sofócleo, por nosotros intuida, y más profundamente atalayada por A. ORTEGA, revela que Edipo es el hombre que quiere saber la verdad, a cualquier precio, y que, en último término, lo que quiere saber Edipo es quién es él y por qué ocurren las cosas. En este sentido, homológicamente, el complejo de Edipo, descubierto por SIGMUND FREUD, expresa, a nuestro entender, como ya hemos dicho, la *dinámica misma de la identificación personal, y de la formación del sistema estructural*

*SuperYó-Ideal-del-Yo*, como problema clave de la existencia humana, y como nudo gordiano del proceso de autoconstrucción de la personalidad en una dimensión diacrónica, esto es, a lo largo de un penoso, dramático y conflictivo «proceso de individuación».

Salamanca, Septiembre de 1974.

JOSÉ BASABE BARCALA

F R O M

Expre:  
 Librat  
 Expre:  
Value

**DO NOT REMOVE  
SLIP FROM POCKET**

